

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Abierta al mundo

Biblioteca Sala Patrimonial



Personas
Sra. Dña. Pilar Moreno de Arce
Pag. 43. Ref. Biografía de Córdoba

22 de Noviembre de 1899.

Para su
biblioteca
particular

atte.
Manasque

José María Amador.

+ 18 de Noviembre de 1893.



J. M. Amador

*Al Sr. Juan de Dios Ca-
rrasquilla
Su amigo: El Autor.*

RASGOS BIOGRAFICOS

SOBRE

JOSE MARIA AMADOR

POR

JANUARIO HENAO.

1894

MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ESPECTADOR."

923.3
A481h
1894

PROLOGO

(PÁRRAFOS DE CARTAS)

Miraflores, 2 de Febrero de 1894.

Señor Juanuario Henao.—Medellín.

Estimado amigo.....

Sólo en sus manos pongo los papeles que le remito. Kilos son recuerdos queridos de mi hijo que conservo como sagradas reliquias en medio de mi aflicción. Juzgo que de ellos puede Ud. sacar algo que le sirva para su escrito necrológico sobre **José María**, cosa que tanto estimo á Ud.; pero como yo nada entiendo de literatura, y comprendo además que no soy imparcial en el asunto que Ud. va á tratar, dejo la elección de lo que debe

publicarse, exceptuando las dos piezas que le he indicado que inserte preferentemente, á la voluntad de Ud., no dudando que encontrará entre esas páginas, escritas por un niño en el seno de la intimidad, algo digno de conocerse, por unas y otras razones, como yo lo deseo.....

Junio de 1894.....

Dios, infinitamente misericordioso y bueno, á la vez que nos envía grandes y merecidos castigos y pruebas en esta vida, también nos concede, en ocasiones, alivio para los males y descanso para las penalidades que nos rodean; unas veces valiéndose de la palabra elocuente de los oradores sagrados, mensajeros de la verdad divina; y otras veces, como en el presente caso, por medio de la voz de verdaderos y desinteresados amigos que saben derramar, á manos llenas, sobre el corazón angustiado el bálsamo consolador de la noble amistad y que, sin temor humano, levantan varonilmente la voz en favor del amigo muerto, y en defensa leal del discípulo no siempre justamente calificado por los que no lo conocieron íntimamente.....

Gracias, mil gracias, D. Juanuario, en nombre mío y de mi bien querido hijo que en medio de sus desgracias tuvo la felicidad de encontrar un maestro noble

que, amándolo de veras, supo infundir en su alma desde niño elevados sentimientos á la par que sanas ideas religiosas y morales que no pudieron corromper ni destruir el torrente del mal ejemplo, ni las doctrinas paganas de nuestro ilustrado siglo ni menos los encantos de la más seductora y brillante capital de la Europa.....

Esta madre desolada ofrece á Ud. una gratitud eterna por la hermosa biografía de su hijo, obra que ha leído enternecida y que conservará como reliquia preciosa para su familia y para los amigos leales de su inolvidable hijo.....

No pudo Ud. cerrar mejor su escrito que dedicando algunas frases á la memoria de mi adorado padre. Yo estimo en lo que vale esta nueva fineza de parte de Ud., esta muestra de cariño por el autor de mis días al unir y perpetuar así, por medio de su galante pluma, los recuerdos de dos de los seres que al separarse para siempre han llenado de luto mi existencia y entristecido mi vida toda.....

Su amiga,

Lorenza Uribe de Amador.

RASGOS BIOGRAFICOS

SOBRE JOSÉ MARIA AMADOR



"Siempre debe llorarse
Si como manda la razón se llora."

(FRAY LUIS DE LEÓN).

I

 RESCA aún la tierra que cubre los restos mortales de JOSÉ MARÍA AMADOR á los ojos del mundo; mal enjugadas todavía las lágrimas que su temprana muerte ha arrancado á los que le amaron; vivo el recuerdo imperecedero en el corazón de los que tuvimos la fortuna de estre-

char su mano de amigo; aún no borradas las huellas de su paso en las veredas de la vida; y cuando apenas principia á sentirse su ausencia en los albergues de los desgraciados, tócanos sellar su tumba escribiendo algunos rasgos biográficos del malogrado joven que vivió poco, muy poco, para el cariño de los suyos, pero sí bastante para dejar hondos afectos entre sus amigos y algo más que simpatías en el hogar de los infelices.

Sin más credenciales que haber sido su maestro y amigo—aparte de nuestra personal estimación—sin más derecho que nuestro amor á la verdad y sin otro móvil que la justicia, vamos á escribir, escasos de mercedimientos y sin que se nos oculte nuestra propia insuficiencia, algo que dé á conocer mejor al amigo que en hora luctuosa nos abandonó, ya que cerradas, con la del sepulcro, las puertas de mezquinas pasiones,

pueden abrirse las de la imparcialidad, roto su sello por la mano de la muerte.

Puedan estas breves páginas, estampadas con sinceridad, llevar algún consuelo á la afligida familia; puedan ellas servir de algún cordial á la atribulada madre sin ventura que, con los ojos en la tierra, pone su pensamiento en el Cielo buscando en Dios el lenitivo que no pueden darle los hombres! El amor maternal va hasta la muerte y se eterniza más allá, hallando sólo en la fe de lo infinito fuente en donde saciar la sed del corazón. Se ha dicho que el amor es más poderoso que la muerte, y así es la verdad; porque aquél forma parte esencial del alma, que no muere.

José María en su genial modestia, se complacía en ocultar su mérito y velar con el misterio y el secreto sus más loables acciones. Vamos á revelar algo de lo grande

que había en aquella alma generosa, algo de lo noble que había en aquel hidalgo joven no siempre suficientemente comprendido por los que, de lejos, lo miraban á la luz refleja quizá de insanas intenciones.

No pretendemos escribir una biografía, ni menos un panegírico, en la acepción genuina de estas palabras; porque la corta vida de nuestro protagonista no alcanza para tanto, ni nuestras pretensiones van tan lejos.

Lo estudiaremos sólo como niño, en su cuna festiva, como amigo, como estudiante y como miembro de familia, buscando simpatías para su memoria, no en la pompa vacía de la frase, no en fastuoso y hueco artificio ni como ciegos admiradores, sino en la expresión sencilla y franca de los sentimientos del corazón de quien prueba y no pondera, de quien elogia no por ley retórica de li-

sonja sino á consecuencia de espontánea convicción.

José María murió de 24 años de edad, época en que sólo se principia á aprender á estudiar, en que sólo se comienza á conocer lo que es la vida y en que principia á desarrollarse el criterio, facultad ésta indispensable para poder fijar las ideas. Sin embargo, la precocidad en los adelantos de José María hizo conocer, desde muy temprano, que había en él *MATERIA prima* para un prohombre; y á la verdad así habría sido á no haber frustrado prematuramente el destino tantas ilusiones.

Triste, muy triste, es tener que palpar tan dolorosamente y tan de cerca la ruina de las ilusiones humanas y el acabamiento de una esperanza; pero ya que nos hemos impuesto el deber de decir algo sobre esa vida, vamos, con todo el respeto que nos inspira su memoria, á bosquejar en pocos rasgos

biográficos, algunos de los incidentes de su existencia, y á dar á conocer algunos de sus juveniles—casi podríamos decir infantiles—entretenimientos, no sin temer que el corazón y el afecto hablen primero anticipándose al juicio frío y sereno del narrador que tiene por tema una vida que acaba y una reputación que comienza.

No aceptamos el papel de críticos, porque se trata de los ensayos de un niño y aquí la benevolencia debe ser el guía; somos simples amistosos relatores de hechos que la digna y numerosa familia de José María conoce y de que muchos de sus amigos son subeditores, de tal manera que no pueden nuestros relatos dejar de llevar, con esto, su garantía de verdad para la historia y su sello de autenticidad para el público, cuya sanción respetamos.

Si la libre expansión de los afectos íntimos del alma y de los re-

cónditos del corazón no rehuiera la publicidad, mucho bello y tierno podíamos apuntar aquí, por dar á ello margen la exquisita sensibilidad de José María y sus hermosas prendas de caballero, de amigo y de filántropo. Al llamar la muerte á la puerta de nuestros afectos, se pone á prueba nuestro cariño. Los hidalgos conceptos que le merecimos—debidos menos á nuestros méritos que á su bondad nativa—la desinteresada estima que nos dispensó hasta su muerte, nos hacen temer que con estos rasgos no paguemos debidamente deuda tan natural y santa.

Pocas personas podrán haber conocido á José María mejor que nosotros que lo seguimos, con atención y cariño, desde sus primeros años, hasta su muerte; que merecimos su confianza plena, su valiosa amistad y que lo estudiámos con interés siempre creciente.

II

NACIÓ JOSÉ MARÍA AMADOR, en la ciudad de Medellín, el 22 de Noviembre de 1869. Era hijo único, varón, de los señores Carlos C. Amador y Lorenza Uribe, y contaba entre sus antepasadas hombres de notable importancia en el país. (1)

Su distinguida y opulenta familia lo crió con notable esmero y cuidados, procurando, por todos los medios posibles, educarlo cumplidamente, infundirle buenas ideas y prepararlo para jefe de familia como hijo único de tan importante matrimonio.

Su piadosa madre no omitió medio digno para perfeccionar sus ideas religiosas y dirigir su corazón en el sentido del bien. Y tanto alcanzó en ese campo, que tuvo el gusto de ver reflejados en su

(1) Véase la nota del fin.

hijo los méritos y virtudes de sus antepasados, y cumplidos sus deseos en todo.

De hermosa figura por la armonía de su configuración, de añorado y bello rostro animado, casi siempre, por intencionada y suave sonrisa, alto, delgado, de ojos vivísimos, chispeantes en sus últimos días, sobre espaciosa frente (ojos que daban á su rostro toda la expresión de su exquisita sensibilidad y de su inteligencia), de maneras cultas, atento, pulcro en su vestido, de aspecto franco y resuelto, poseía el secreto de las exterioridades simpáticas que son, á las veces, la mitad de la carrera de los hombres.

José María era muy apreciado por todos los que lo conocieron un poco á fondo, por lo espontáneo y sincero de su estimación, y lo franco y sincero también de sus mismas antipatías. Jamás el labio hizo traición á su corazón.

Así no es extraño que se le viera compartir, casi desde niño, su amistad entre hombres importantes y jóvenes notables á un mismo tiempo, como lo veremos más adelante.

Su carácter, así como fue prenda de respeto y de aprecio para unos, fue motivo también para que tuviese malquerientes, pues con franqueza varonil llamaba las cosas por su nombre, sin faltar á las fórmulas de la obligada cortesía. Este valor moral, que es tan poco común y de que tanto se necesita en la vida, lo poseía José María en alto grado aun contrariando los impulsos de su bondad ingénita y á las veces no poco mortificado.

Librenos Dios de que se crea que con lo poco que hemos dicho, y con lo mucho que nos falta por decir, sobre José María Amador en pró de su memoria y en defensa de su nombre, pensamos presentarlo como un modelo excepcional

é impecable, y sin la más ligera imperfección, ni la más tenue falta, como si fuese varón perfecto y tipo acabado. Bien sabemos que hasta el sol tiene manchas, y que cabe la imperfección hasta en moldes cuasi divinos, ya que á título de herencia—no sabemos si gratuita—estamos requeridos por el mal desde la cuna hasta el sepulcro todos los mortales. Mas no tratándose de ángeles, sino de hombres, no puede menos de causarnos admiración aquel que con mayor cúmulo de cualidades tiene menor número de defectos. Ni será bastante á hacernos callar la ejecutoria de su riqueza, cuando de verdaderos méritos se trata, porque los fueros de la justicia no reconocen clases ni hay en ellos distinguos.

Muy niño entró José María á aprender las primeras letras en el Colegio de San Luis, que hacía algunos años dirigíamos en esta ciu-

dad. (2) Allí principiámos á conocerlo y á estimarlo, sin tener aún relaciones con su digna familia.

Distinguiase allí aquel niño por su puntualidad, su aplicación, su caridad, su pundonor, tan raro en esa edad, su espíritu religioso y por la facilidad con que aprendía, pues en poco tiempo conoció las materias primarias, con sólo algunas indicaciones únicamente, pues allí no se admitían niños que no supieran leer y escribir, y sólo por una atención hacia su señora madre, que fue personalmente á matricularlo, se le admitió.

Hecho á los primeros conocimientos, buscó en los libros, con ansia superior á su edad, el modo de adelantar, y á poco tiempo figuraba ya entre los buenos estudiantes y en clases superiores á sus años. En esta ansia de saber

(2) En nuncio de nuestro estimado amigo D. Juan José Molina.

no fue menos abastado por la, para él, pródiga fortuna.

No recordamos que hubiera merecido nunca un castigo serio; apelamos al testimonio de sus condiscípulos, y para mayor abundamiento allí están los premios que, año por año, obtuvo en los exámenes como prueba fehaciente de su excelente proceder en aquel plantel de educación.

Teníamos en aquel Colegio establecido, por costumbre, ya que su personal se componía, casi en su totalidad, de niños y jóvenes de lo más rico de la capital, hacer colectas cada mes entre los estudiantes para que una comisión, del seno del establecimiento, fuese á llevar una limosna á una familia vergonzante, y en esos casos José María se distinguía por su generosidad y largueza. Así en los angelicales días de la infancia principian á clarear en el alma los

destellos de luz con que ha de ataviarse para el bien.

Más tarde, cuando en 1882 propusimos al Ilustrísimo señor Montoya, de grata recordación, que fundásemos una Universidad Católica, idea que dio origen á la creación del Colegio de La Unión (compuesto de los de Santo Tomás, La Paz y San Luis), José María entró á aquel notable plantel, y á pesar de su corta edad, tomó algunos cursos superiores; perteneció al cuerpo de lo que llamábamos allí la "*Legión de honor*", grupo de jóvenes formado, para estímulo, de los mejores estudiantes de aquella comunidad; mereció honrosas recomendaciones ante el Consejo directivo del Colegio, y obtuvo varios de los mejores premios. Al fin logró captarse las simpatías y aprecio hasta de Profesores que, antes de la refundición de los tres Colegios, no lo miraban bien por preocupación. Quien

toma ésta como base de criterio para juzgar á sus semejantes, tendrá naturalmente que vivir corrigiendo sus juicios y errores.

Dictábamos entonces lecciones orales de Retórica y Métrica, en ese Colegio, y José María figuraba en esa clase como uno de los mejores estudiantes, advirtiendo que había allí jóvenes de inteligencia muy notable, como T. Eastman, Antonio J. Uribe G., Teodomiro Isaza, Gregorio Pérez, Benicio Cárdenas, los Gutiérrez, Madariaga, G. Posada, &c.

La severidad catoniana de nuestro compañero de dirección en ese Colegio—nuestro lamentado é inteligente amigo Marco A. Ochoa—era proverbial, y su rigidez poco común cuando de calificar estudiantes se trataba. Pues bien: el señor Ochoa no tuvo nunca, como no tuvimos nosotros, que castigar á José María por falta alguna en su vida de escolar en aquel Colegio.

Séanos permitido asociar, en esta ocasión, los nombres de estos dos amigos queridos que duermen ambos el sueño de la tumba. Queden aquí unidos bajo un mismo melancólico recuerdo evocado por positivo afecto de amistad los nombres del mejor institutor que, en nuestro concepto, ha tenido Antioquia, y de uno de los mejores estudiantes que conocimos en nuestra larga y penosa carrera de maestro.

En la clase de Retórica y Métrica se hacían ejercicios de composición sobre temas dados para gimnasia del pensamiento y esgrima de la palabra, y fue entonces cuando José María principió á ensayarse en el arte de escribir, y á dar pruebas de sus buenas dotes literarias.

Su familia conserva un cuaderno de apuntes en que él refundía las lecciones orales que se dictaban, para fijar sus recuerdos, escrito con entera corrección, her-

mosa letra y con una concatenación de ideas cumplida. A haberlo terminado, podría servir de texto para un regular curso en la materia. Su entusiasmo por la literatura era especial y raro á su edad. Esto lo llevó á repastarse en las buenas lecturas con asiduidad.

También conserva, con cariñoso afecto su familia, como sagrada reliquia, los premios y diplomas ganados por José María en el Colegio de La Unión, trofeos de su lucha en el campo del estudio que atestiguan dolorosamente, para ella hoy, pero de un modo inequívoco, sus méritos: únicas insignias que, para propia satisfacción, deja la vida fatigosa y oscura de estudiante, pero que son credenciales de honor innegables para las familias y para esos mismos héroes anónimos del trabajo.

Escribimos en momentos en que los condiscípulos de José Ma-

ría comienzan á figurar, y cuando están aún frescos los recuerdos ; tenemos, pues, testimonios irrecusables á qué apelar una vez que se llegase á dudar de la veracidad de nuestro relato. Arrostramos impasibles, durante su vida, críticas apasionadas á causa de nuestra predilección por aquel discípulo afortunado: sordas fermentaciones de odio á que no podría asignárseles otra causa quizá que la de ser aquel niño demasiado rico, muy inteligente y cumplido. Hoy cuando la muerte, en nombre de Dios, acaba de arrebatarlo prematuramente al amor de los suyos y al cariño de sus amigos, volvemos, con mayor tesón que antes, por su memoria y por su honor, y nos creemos en la obligación de hacer cuanto esté á nuestro alcance para salvar su nombre del olvido, haciéndole, por última vez, justicia, como tributo de honor que le rinde el maestro, y como

postrar homenaje de afecto de parte del amigo.

III

DESPUÉS que terminó el Colegio de La Unión (1884), José María siguió estudiando privadamente hasta que realizó su primer viaje á Europa en 1886. Él comprendía muy bien que á los dorados campos de la literatura no se entraba por asalto y con sólo audacia.

Su pasco por el Viejo Mundo, en sabrosa y grata compañía de su respetable familia, fue de recreación propiamente hablando. Sin embargo, el espíritu observador de José María lo convirtió en viaje de estudio, como podría demostrarse por su larga y nutrida correspondencia, especialmente por aquella que con nosotros sostuvo, de la cual se verá más adelante una ligera muestra, pues el presente esbozo no se presta para más.

La debilidad moral con su obligado cortejo de placeres refinados que es una de las enfermedades del siglo, no alcanzó á malear, en Europa, la manera de ser de José María, ni pudieron contaminarlo los gérmenes infecciosos de aquellas caducas capitales en que yacen en organizado desorden, formando contraste, la civilización, y la riqueza; la ciencia y la virtud; la miseria y el lujo; eclipsados, á las veces, por los mirajes engañosos y el oropel deslumbrador de la más estudiada corrupción, del más cumplido sensualismo. Joven, rico, inteligente sintió rugir sobre su cabeza, sin desvanecerse, aquella tempestad del siglo, aquel hervir matador de fermentadas pasiones; y vio, sin trepidar, agitar-se bajo sus pies aquellos errores de la seducción, aquella locura del vicio en las orgías de la capital del mundo moderno, y el mal en sus formas múltiples y fascinadoras.

París, cadalso de la inocencia, Babilonia latina, sultana del placer con sus encantos y primores, con sus halagos y deleites, con sus incontrastables simpatías y su gusto comprometedor, no dejó en su alma de niño, en su corazón de joven, sino una vaga impresión de desencanto, el recuerdo tedioso y repulsivo de su inmoralidad y la repugnante idea de la miseria humana.

París, *cerebro del mundo*, cuna de genios, mansión de artistas y de sabios, sepulcro de mártires, vestíbulo del buen gusto, laboratorio de las ciencias, patria del honor y la hidalguía, con sus monumentos y su cultura, sus bellezas cristianas, sus parques y jardines, sus recuerdos históricos y sus glorias militares y, hasta con sus grandes infortunios, dejó en su alma recuerdos simpáticos de admiración y de cariño, que se complacía en evocar en sus conversaciones, con

entusiasmo, narrando con fidelidad y sin exageración todo lo que había de luminoso en aquel mundo de las maravillas, hasta hacer sentir á sus oyentes, en íntimas confidencias, deseo vehemente de visitar aquel país de las hadas, aquel edén soñado por los poetas.

Comprendíamos al escucharle que los viajes, aparte de su importancia como elemento educador, son un gran elemento para amenizar el trato social y dar variedad á la conversación. Agradable era la conversación de José María, sobre todo en los últimos tiempos cuando un juicio precoz—como lo notámos todos sus amigos—y una lucidez especial se desarrollaron en él á manera de luz que para extinguirse lanza sus más brillantes destellos.

Críticaba con notable buen sentido, elogiaba con justicia y acierto, admiraba sin fascinación, narraba con precisión y discernía

atinadamente, y en los pormenores más insignificantes revelaba, por su exactitud, una fuerza de atención y un espíritu de observación que sólo hemos encontrado en los viajeros veteranos en el arte de describir.

Su sed de conocimientos era insaciable. Visitó las naciones más notables de Europa, y tomaba nota de cada cosa que le llamaba la atención ya en lo científico, ora en lo artístico, ya en lo industrial. Fue entonces cuando comenzó á formar su gran biblioteca, sin disputa una de las más completas y mejores que se han conocido por acá. Comenzó por conseguir en Barcelona la colección de clásicos españoles de Rivadeneyra, en lujosa edición, única que conocemos, y quizá la sola edición que hay en Antioquia hoy. Desde allá no olvidaba los negocios de la casa, y nos hacía indicaciones tinosas por estar tales negocios á nuestro cargo.

El conocía perfectamente que el trabajo es una bendición del cielo, y descansaba á plomo sobre esta creencia. Sabía que los tesoros de la verdad, adquiridos por el estudio, proporcionan los positivos goces del espíritu, goces íntimos, puros, sin mezcla de remordimiento que son uno como consuelo en la peregrinación de la vida, una como ráfaga de dulce luz que penetra enalteciéndonos, hasta las oscuras profundidades del alma misma.

El levantado carácter, la probidad innata y la rica naturaleza de su alma no le permitieron vivir eso poco que vivió—como hubiera podido—dada su fortuna, en lujosa ociosidad, en fastuosa negligencia. El plácido ejercicio de la inteligencia era el móvil supremo de su espíritu batallador. El mundo para él era campo de lucha del modo como lo consideraba el profeta de Idumea, y no un espectáculo

para divertirse como se lo imaginan los comediantes del siglo.

Rico, más que en tesoros terrenales, en dotes de corazón, el bien asociado á la belleza formaban su ideal, y sabía sacrificar ésta á aquél para salvar, en caso de conflicto, el fin moral. Pródigo de su compasión y su cariño, para todos alcanzaba su afecto. Del trabajo, en sus formas simpáticas, hizo su ídolo, y eso explica hasta cierto punto su benevolencia para con los obreros, su estimación para con los artistas, su admiración para con los sabios; y da la clave de aquellos de sus actos tan nobles, de aquellas ideas tan definidas y de aquel juicio vivificador, abonado por la templanza, con que coloraba sus procedimientos, caballerescos siempre, desobligado de todo amor que no fuese el de la verdad.

Si los hechos son la traducción práctica y el espejo del pensamiento; y ponen de relieve las ideas

más recónditas de la conciencia individual sin que en ellos quepan reservas mentales, no hay duda que José María merece bien de sus semejantes á juzgarlo por ese aspecto; porque sus hechos hablan, en concierto unísono y abundoso, desde la choza en que se alberga la miseria y en que tiene su asiento el infortunio, hasta los centros más civilizados de Antioquia.

Dada la temprana edad en que murió José María, será difícil señalar un competidor que, tan joven, haya dejado tras sí más afectos para la desgracia, más encendida ternura para la familia, más agradecimiento para la industria, más estímulo para el trabajo y más recuerdos para sus allegados. La sensibilidad de la fantasía le hizo idealizar la amistad; la memoria del corazón lo llevó á amar el hogar como centro único de afectos deleitosos y santos en el viaje azaroso de la vida; y su ga-

llardía de carácter lo obligó á mirar con desprecio la frivolidad de la vana ciencia y las profanaciones del espíritu.

No sabemos si estamos engañados, pero siempre hemos creído que la vida noble de un hombre sincero y su labor más ó menos fecunda aunque sea humilde, cualquiera que ésta sea, expuesta á la pública y bien intencionada consideración es benéfica, porque da aliento á las generaciones que se levantan para transitar por los tortuosos caminos del mundo. Todo lo que conspire á levantar el nivel moral de la humanidad; todo lo que tienda á conseguir que los hombres alcen la frente del polvo, hacia el cual gravitamos abrumados por la carga de la materia, por el fardo de los instintos; todo lo que pueda encontrar en las almas un eco saludable; todo lo que, aun en mínima parte, contribuya al mejoramiento de la estirpe en

su pobre condición de proscrita, merece, en nuestro concepto, los honores de perpetuarse por ministerio del arte, y á ello concurren justa, cabal y maravillosamente la tipografía, la literatura, la música, la pintura, el grabado, la escultura y, en general, las artes liberales todas. La biografía no es, pues, privilegio exclusivo de los grandes hombres, de los héroes y de los genios. No: todo lo que haya de sagrado y noble, de sincero y santo para la humanidad, si quiera sea un rayo de luz, un átomo de esperanza, algo que implique bondad ó virtud, merece salvarse del olvido y de su polvo. Y á la verdad, si llamásemos á la humanidad á cuentas interrogando seriamente la historia, despojándola de la luz remisa de enfermas fantasías, y cavando un poco hondamente en los anales de los pueblos, hasta penetrar rastreando, si posible fuera, en la ignora-

da vida, en el honrado asilo del trabajo, sabe Dios si no saldrían, en fin de fines, mejor librados los héroes y los poetas, las testas coronadas y los diplomáticos, los príncipes y soñadores, los filósofos y los estadistas que aquellos otros mártires del trabajo y factores del progreso latente que dan sus obras al mundo, desde silencioso y retirado campo, sin sangre, sin amargura y sin falsía. Dígase si no de qué sirven á la humanidad una imaginación sin lastre, un talento sin ley, una pasión sin freno, una creación sin vida, una brillante teoría infecunda, una filosofía sofística, una teología sin dogmas, una moral sensualista, un ideal sin aplicación; una autoridad sin conciencia, un gran corazón entorpecido, un cuadro sin luz! ¿Para qué todo eso si en nada se mejora la condición humana, si esa es una luz que en vez de alumbrar quema y ofusca, dejando siempre en tinieblas

todo aquello que encierran los enigmas del pasado, los arcanos del presente, los secretos del porvenir y los problemas pavorosos de la muerte y de la vida?

Desde aquella época (1886) y quizá primero que otro alguno al menos formalmente, pensábamos en el plan de construir un Mercado cubierto en Medellín; pues antes de la partida de José María, convinimos en que estadía-ría el punto y nos enviaría datos á ese respecto; y así lo hizo principiando por hablarnos del de Barranquilla.

En esta labor nos ayudaba con su espíritu de progreso siempre vivo y generoso, su padre el señor Carlos C. Amador.

Realizada hoy la grande obra con admiración de propios y extraños y de peritos en la materia, cúpole á José María la mala suerte de no verla construída, después de tantos desvelos, trabajo y lu-

cha, y á nosotros la mala ventura de entregarla, en su nombre, con el alma dolorida, y mudo el corazón.

Quede la obra colosal y bella, ornato de nuestra hermosa capital, como testigo elocuente para perpetuar—en el imponente lenguaje de artística mole—la memoria del malogrado amigo al través de los tiempos!

IV

El trabajo honrado, la labor perseverante del hombre que, después de contrarrestar la infinita tiranía de las pasiones, pone en juego, para vivir, su inteligencia como fuerza impulsora y su brazo como instrumento de acción, merece acatamiento y es digno de respeto una vez que se debe mirar así el hombre como un continuador de la obra divina, pues si, á la verdad, no crea, modifica, hermosea y perfecciona, por medio del arte, la

obra de la naturaleza en bien de la humanidad y para mejoramiento de la sociedad. De aquí proviene, sin duda, la excelencia del trabajo y el culto que en todos los tiempos se tributa á los hombres de bien.

Que el hombre es de regia estirpe lo demuestra su historia, lo prueba la supremacía de su inteligencia y lo corrobora su destino. Si miramos hacia atrás vemos, allá en la aurora del mundo, un paraíso para la inocencia; y si, rasgando el velo del porvenir penetramos, ayudados por la fe, en el caso de su existencia, columbramos para el otro paraíso—un cielo—prometido á su arrepentimiento.

Dispuesto, formado así maravillosamente por Dios, el ser humano puede hacer del mal mismo un elemento del bien mediante el ejercicio de una voluntad enérgica, pues que las costosísimas victorias que alcanzamos sobre nosotros mis

mos son las que dan mérito á la virtud, quilates al sacrificio y realce á las acciones; del mismo modo que no hay descanso sin trabajo, merecimiento sin lucha y triunfo sin dolor. El mérito de las obras del hombre que procede como ángel, consiste precisamente en que para realizarlas tiene que sobreponerse á los instintos de bruto, ya que manchadas y entorpecidas las alas del espíritu por el barro de su prisión, si no combate porfiadamente se rinde y anonada.

El hombre en su vida íntima de amigo, esposo, padre ó hijo libra, á solas muchas veces, combates invisibles en las soledades inmensas de su alma, de aquellos impuestos por el amor ó el afecto, por el deber ó el dolor, la ternura ó la necesidad, superiores en grandeza á las lides de los héroes, y mayores, en resignación y fortaleza, que el valor enardecido que la gloria aclama. Si á veces la tristeza lo a-

sedia es porque le falta filosofía para ver el mundo como es en realidad; si, en ocasiones, lo asalta la desesperación es porque pide á la vida más de lo que puede darle y á la naturaleza lo que está vedado á la humana ciencia; si el tedio lo sitúa y aboga entre sus mallas acerradas es porque no sabe dar orientación cristiana á sus ideales.

El alma sin fe ni rumbo olvida que el mundo es *valle de lágrimas* y gime porque tropieza con el dolor, que es prueba; con la desilusión, que es castigo; con el aburrimiento que es aliado de la vagancia; llora por la felicidad que se le escapa, porque la busca por errado camino; llora porque la esperanza lo engaña, sin pensar en que ésta no puede vivir en corazones muertos y señoreados sólo por la duda que todo lo esteriliza. Los portentos que la fe obra nos prueban que ella es verdaderamente—y no la razón como hasta abo-

ra se ha creído—la mensajera que nos trae nuevas de un mundo desconocido.

El sentimentalismo escéptico, la misantropía suicida que han dejado en sus obras literarias algunos grandes escritores del siglo faltos de fe y escasos de virtud, proviene de su concepto erróneo de la vida. Su pesimismo enfermizo, lijo de imaginarios terrores, engendrados en el fondo sin luz de una conciencia culpada, proviene de su falta de moralidad y de su vida licenciosa las más veces. Su ejemplo ha sido pernicioso para la juventud en alto grado; porque muertos ellos sus obras viven. El talento extraviado por el genio del mal hace tanto daño en la vida moral de las sociedades, como las devastaciones del rayo en el mundo físico. La nota subjetiva, la personalidad íntima, se imponen sin sentirlo en las producciones literarias: de aquí se origina el he-

cho de haberse formado en la juventud moderna una escuela lamentable compuesta de escritores de inteligencia, pero tocados de la lepra sentimental y descreída, secta que comienza por la duda y acaba por una negación. La desesperación trágica, el desencanto lacrimoso, las desilusiones inmotivadas, les producen un estado de neurosis permanente, y comenzando por temer más á la vida que á la muerte se forjan amarguras ficticias, dolores inmortales, arrobamientos sublimes—é imitando á sus modelos en el libertinaje, pero sin alcanzar su talla—acaban por suprimirse, cobardes, apelando á un tiro de pistola.

Puede que la escuela realista actual, con sus repugnantes desnudeces, neutralice un tanto los furores soñadores de la escuela melancólica y de sus lúgubres prosélitos. No negamos que muchos genios para llegar á la inmortalidad

celebérrima han tenido que pasar por los umbrales de la miseria; pero negamos el derecho que á ella tengan los suicidas por misantropía descreída.

V

¡LIMOS atrás que daríamos algunas muestras de los ensayos juveniles de José María como aficionado á las letras, y al cumplir muy imperfecta y someramente nuestra promesa hacemos notar que lo consignado en estas páginas está destinado, no para el público todo, que poco caso hace de honores póstumos, sino casi exclusivamente para un reducido número de sus verdaderos amigos, y para su familia toda, que desea conservar este recuerdo en el santuario del hogar.

Estas líneas dictadas por un corazón de amigo, serán aceptadas por el amor y el cariño, sin repa-

ros; y por la amistad sin más pasaporte que llevar en su portada el nombre de José María Amador, así lo esperamos, así lo creemos. Cuanto al mérito de lo que de él insertamos, puede juzgarse fácilmente leyendo con imparcialidad eso sí y teniendo en cuenta que habla ó escribe, diremos mejor, un niño.

En los cortos escritos de José María no debe buscarse personalidad literaria definida ni manera propia para rastrear su filiación, pues sus ensayos hechos para la intimidad—y para ella publicados hoy—apenas dan idea ligera de su estilo y de sus ideas nacientes ó infantiles, repetimos. Valga esto de excusa por todo. Así es que no vacilamos en creer que será interpretado con benevolencia por sus amigos, para los cuales escribimos especialmente, y será suficiente lo apuntado para mover la indulgencia del públi-

co, todo lo cual nos ha animado en nuestra labor.

Antes de dar á conocer esas ideas infantiles, primicias de luz desprendidas de un foco que ya se apagó para siempre, permítasenos recordar lo que en otro tiempo dijimos, es á saber: que José María Amador era un gran carácter á pesar de su juventud.

Íntegro hasta lo sumo, consideraba la honbría de bien como condición esencialísima para que pudiera calificarse un hombre como tal. Recto hasta la rigidez, no transigía con la adulación, no hacía expostiones con el engaño, ni admitía los aparatosos amasijos del mal. Amaba la verdad ante todo, sin que llegasen á adulterar su proceder ni las más ligeras sombras de hipocresía, ni á vislumbrarse el más ligero tinte de flaqueza ó debilidad; por lo cual sus arranques de justa indignación eran frecuentes, cada vez que tro-

pezaba con tipos odiosos, en su vida práctica y comercial, ataviados con el ropaje de la falsía y con las fórmulas socorridas del engaño. Por ley de corazones bien nacidos, nada le era más simpático que un hombre leal, íntegro y franco aunque fuese desmañado y rudo.

VI

DOCE años tendría JOSÉ MARÍA cuando en unos versos intitutados "La Oración" decía con dulce inocencia y no poca filosofía natural, entre otras cosas lo siguiente....

" Cuando brilla en las montañas
El primer rayo del sol,
Ya los bellos pajarillos
Han alabado al Señor,
Bendiciendo cada día
El nombre de su Hacedor,
No hay una cosa más linda
Que el niño que quiere Dios
Y que imitando las aves
En su ferviente oración,
Bendice todos los días
El nombre de su Criador."

Estas sencillas estrofas tienen la frescura primaveral de la inocencia. Vense aquí brotar y reverdecer los sentimientos religiosos, en su forma pristina, inculcados en hora venturosa por su buena madre. Sentimientos éstos de sublime encanto cuando se ven reproducir, en el joven Amador con vigor y unción, en el momento supremo de la muerte, cuando al tomar el camino de los ángeles, á la patria inmortal, se invocan como consuelo, se aprecian como esperanza única y se miran al través del fúnebre velo que nos deja entrever un mundo de felicidad y de descanso.

No tenía aún 14 años José María cuando escribió una Biografía del General José María Córdoba, que él mismo imprimió después de haber aprendido á manejar los tipos de la imprenta que tenía su padre en la casa de habitación. Ese folletico corre impreso es-

casamente porque José María sólo lo regaló entonces (1883) á personas de su confianza. Narra allí, con recomendable fidelidad, los actos principales de la vida de este héroe legendario, y pone de su cosecha, con timidez natural, algunos pensamientos propios.

Rompe así su relato:

"Todo pueblo tiene fechas que conmemorar, y héroes que ensalzar. Varias son las fechas dignas de nuestro aplauso, y muchos los héroes que guiados por el valor y la esperanza empuñaron su espada para arrojar de nuestra patria querida el yugo que la oprimía."

"JOSÉ MARÍA CÓRDOBA!

"Hé aquí uno de los próceres más queridos de nuestra independencia: hé aquí uno de los más valerosos campeones de nuestra libertad y nuestra patria, y el cual es objeto de mi composición."

Cierra su sencilla narración con los siguientes párrafos que no carecen de alguna seriedad, y que hacen contraste con la edad del *historiador* en ciernes.

"El General Córdoba era un joven todavía, pues murió á la edad de 29 años. Su presencia era gallarda é imponente; sus ojos negros, expresivos y grandes; su nariz aguileña; su boca pequeña y su frente ancha y espaciosa: indicaba muy bien lo que era."

"Bendigamos siempre la memoria de aquellos que nos dieron libertad, y en particular, la de aquel héroe vencedor siempre en el campo de batalla y víctima al fin de un *extracío lamentable*."

A la verdad que el que fue siempre vencedor en los combates, llegó sólo á ser vencido *por sí mismo!*

Natural es que en escritos de esta clase haya lugares comunes. ¿Y quién se atrevería á hacer reparos semejantes á los escritos de un niño que principia, sin pretensiones de ninguna clase y sólo para sus amigos, á ensayarse en ese arte no poco difícil?

José María imprimió su cuaderno después que se le suplicó que lo hiciera, y sólo cedió cuando se le dijo que era por vía de práctica en el arte tipográfico que estaba

aprendiendo y como muestra de su aplicación y obediencia.

Otros trabajos tipográficos hay hechos por él, con no poca perfección y con delicado gusto en la escogencia de lo que reimprimió, como el bello canto de Calcaño intitulado "El ruego de la inocencia," y el "Código de buen tono," cuya edición regaló á la Sociedad de S. Vicente de Paúl; haciendo con esto gratis, un servicio personal.

En otro ensayo decía:

"AL MEDELLIN."

"Oh río! si hoy cruzas
Feliz sobre arenas,
Formando cadenas
Volteando sin fin,
Si hoy bañas alegre
Los fértiles prados
Del valle encantado
De esta Medellín;
.....
¿Por qué de ese valle
De alegre retozas

Do gimen llorosas
Las brisas por tí,
Te alejas buscando
Nueva inquieta vida,
Poder en tu huida
Que no hallas aquí?
Qué extraños países
Y estériles playas
Así que te vayas
Tendrás que bañar!
Ay! cuántas colinas
Y duras pendientes
Harán tus corrientes
Ligeras desviar!
No ya sobre arenas
Y en medio de flores
De vivos colores
Podrás tú correr;
Gimiendo sin patria,
Llorando pesares,
Irás á los mares
Tu pena á esconder....

(1883).

Abunda en estos casi infantiles ensayos el amor patrio hondamente sentido y sencillamente expresado, no sin que se note cierta melancolía dulce, compañera inseparable de la poesía legítima. Bien se comprende que José María, en

medio de su candor de niño pero con juicio prematuro, daba gracias á Dios, desde el fondo del alma, porque había colocado su cuna á la sombra de nuestros naranjales, entre la diáfana atmósfera de nuestro valle y á la límpida luz de nuestro cielo azul.

Desde París nos envió la composición siguiente, en la cual se siente el sabor de la nostalgia patria llena de dulzura. José María amaba á Antioquia profundamente, y ni sus largos viajes, ni su permanencia en los países más civilizados y bellos de la tierra pudieron aminorar su cariño para con la madre patria. Véase lo que nos escribía en íntimo desahogo en 1886.

"A MEDELLÍN!"

"En estas calladas horas de dulces, á la vez que tristes recuerdos; cuando, cansado el espíritu de las fatigas de la vida, (que toda vida tiene sus fatigas), vuelas en alas del pensamiento, buscando calma y tranquilidad á la apacible sombra del

pasado, un precioso y encantado vallecito, formado por verdes colinas y refrescado por las juguetonas brisas que arrastran hasta él los sabrosos perfumes de sus selvas; donde nunca deja de escucharse el dulce canto de sus torpiales, ni los suaves gorjeos de sus miras, ni el rodar murmurador de sus aguas, ni la melodiosa voz de sus poetas, ni la sentida plegaria de sus vírgenes!... tú, querido valle donde nací, verde y lujoso cofre donde guarda Antioquia su joya más preciada, cuna risueña de mi infancia, te presentas á mis ojos, á través de los mares, á millares de leguas, á ofrecerme la ansiada tranquilidad de tus encantos, á ser de nuevo el perfumado nido de mis sueños!...

"Y allí, en medio de ese valle, edén perdido en las montañas, guardado celosamente por el Santa Elena y el Pan de Azúcar, espléndidos balnates de sa hermosura que aguardan sólo las pisadas de sus admiradores, contemplo á Medellín, la deliciosa ciudad de los poetas, urna sagrada de la inspiración antioqueña:

Muellamente tendida en la llanura,
Cual una amante, tímida lemosnosa,
Reclinada en el tálamo supcial!

"¿Cómo está así graciosa y seductora, á la luz de ese sol siempre radiante y orgulloso siempre de ofrecerle los más pu-

ros rayos de su luz vivificadora! ; Cómo enamora, coqueta, á los tímidos dioses de la noche que, constantes, la rinden culto desde la altura de su trono, el firmamento!

"Pero ; cuánto más encantadora aún la miro, á través de la distancia, desde la gran ciudad del mundo y centro de una civilización, que yo desprecio en cambio de un solo instante de felicidad que ella me ofrezca en los alegres campos de mi niñez, floridos jardines de mis primeras ilusiones de joven!

"Ah! Tan solo cuando se abandona la Patria, puede conocerse el inmenso amor que la tenemos!

J. M. AMADOR."

Paris, 30 de Agosto de 1886.

" Señor Juanuario Henao.—Medellín.

"Amigo mío: En una de esas noches que aquí dedicamos, en el seno de la familia, al recuerdo de nuestra querida tierra, y entusiasmado por la preciosa música nuestra, oyendo tocar *La Esperanza* de Juan de D. Escobar, he escrito las pocas líneas que anteceden.

"Se las mando conforme las escribí, no porque crea merezcan eso, ni mucho

menos, sino para probarle que, en medio de todo, no olvido nunca mi idolatrado rincón.

"Elas podrán ser más tarde los testigos de mi gratitud....

Su amigo de corazón,

J. M. A."

En carta de 1º de Mayo de 1886 nos decía, después de dar gracias á Dios por lo feliz de su viaje con su amada familia:

"Qué campos los de Francia! Desde Saint Nazaire á Paris no se ven más que llanuras grandísimas llenas de preciosos pueblecitos, elegantes castillos, huertas inmensas, preciosos y magníficos viñedos, verdes dehesas cubiertas de ganado y rebaños con sus pastores y perros; vías de hierro con trenes que vuelan por todas partes; caminos de coche sombreados por árboles, y aquí y allá molinos de viento volteando pausadamente en medio de verdes trigales!"

Después de una descripción de sus paseos, acababa por decirnos:

"Ya ve Ud. que es vida de gente dichosísima la que llevamos, al parecer; yo sin embargo le digo de todo corazón—

y Ud. sabe que yo no disimulo mis sentimientos— la única alegría que tengo, y que me anima y distrae, es la que me proporciona la idea de mi regreso á esa en Noviembre, pues Dios mediante, la realizaré como que mis padres me dan el permiso.”...

Mayo 19.

“Por lo que respecta á mí, estoy tan aburrido en esta Babilonia como lo estaba cuando le escribí mi anterior. Voy á los museos, exposiciones, teatros, iglesias, parques, bulevares, fábricas, almacenes; á los cafés, carreras, y á toda clase de fiestas etc.; pues á pesar de la admiración que producen tantos portentos y bellezas, y la alegría que se siente al conocerlos, cuando vuelvo á casa estoy tan triste, ó más, que siempre. Todo pasa por mi imaginación como sueños encantadores, pero que desaparecen en seguida, para dejar el campo á los queridos recuerdos de mi tierra. Si no fuera porque es muy triste viajar para no conocer, creo que ni aun saldría á la calle. Pero á Dios gracias, esto no durará sino hasta Noviembre....”

“En mi anterior, la primera que de esta ciudad le dirigí, le prometía contarle todas las maravillas que hay en estos mundos; hoy, en consecuencia, trataré de

hacerlo, aunque muy á la ligera; porque, Ud. sabe, es imposible de otro modo en una carta....”

“Le hablaré primero de los teatros que ya conozco. El primer teatro que visité fue las *Folies Bergères* (Locuras pastoriles). Es imposible pintarle el disgusto que me produjo la vista de semejante *pandemonium*. Todo se reduce á ridículas pantomimas y pruebas de trapezio y argollas: todo malísimo, pues aun en esa las hemos visto mejores, y pésimos *cubiletes*. Por lo demás, el público es malísimo....”

Es de ley en literatura que el estilo epistolar sea como el de una conversación llana, aunque si un poco más correcto, por cuanto el que escribe tiene más tiempo para pensar lo que dice. Además, dicen los entendidos, después de largas disquisiciones, que entre los diversos estilos con que en literatura, en tesis general, expresa la humanidad lo que quiere, piensa ó siente, se lleva la palma el del gran historiador Tucídides por ser de todos el que más se asemeja á la conversación. Si esto es

así, como sin duda lo es, ya tenemos la piedra de toque para juzgar de lo bueno ó malo de un estilo, y en tal virtud afirmamos que el de los párrafos anteriores no carece de importancia; y tanto hacia éstos como hacia los subsiguientes llamamos la atención del benévolo é imparcial lector.

De París nos decía, en Julio de 1886, con no poco entusiasmo hablando de España, país al cual siempre procurámos hacer amar de nuestros discípulos, y José María miraba con cariño esa tierra de nuestros mayores, esa segunda patria para la raza latino-americana:

"París, 21 de Julio, 1886.

"(23—Rue Fortuny).

.....
"Respetado maestro y amigo querido: Quizá haya extrañado Ud. no recibir cartas mías desde hace más de un mes y medio; pero su silencio (exceptuando su cartica de Puerto Berrio, no había recibi-

do una sola letra suya, hasta el 19 del presente, que llegué de España), ha motivado el mío.

"Aquí me ha dicho Gabriel que me envió á Madrid una carta suya y otras varias; pero gracias á la buena administración española, todas se perdieron: no tengo pues, en mi poder, sino la de fecha 14 de Mayo último, la que hoy contesto.

"Quisiera compensarle de mi silencio pasado con una carta de á 22 quilates, como Ud. dice; pero desgraciadamente, después de hacer un viaje felicísimo por toda España, el mismo día que llegué á París me echó á la cama una fiebre espantosa; y aunque sólo me duró hasta la madrugada del siguiente día (el 20) y ya hoy estoy levantado, me ha dejado sumamente débil y casi no me permite escribir.

"Acabo de pasar un mes y medio largo en España, en compañía de parte de la familia y de un amigo nuestro, español, domiciliado en París, que nos ha enseñado casi toda esa tierra.

"Imposible de describir sería en una carta, aun la menos notable y grandiosa de las bellezas y obras de arte, de los monumentos históricos, del país donde existe esa Alhambra, obra tan grandiosa y *sublimemente* bella; tan imponente y delicada á un mismo tiempo, como son

bellos y delicados los encantadores sueños de nuestra imaginación, cuando se sueña á la pálida luz de la luna, recostado á los mármoles del 'patio de los leones'; ó cuando, en el silencio y soledad de una hermosa noche, se da un ardiente beso... de despecho, en las heladas paredes de 'la alcoba de la sultana'!... del país donde existen, en fin, un monasterio como el Escorial, una iglesia como la de Córdoba, un alcázar como el de Sevilla, etc.

"Es por esa razón por la que no me concreto á describir una sola y determinada cosa, sino que antes prefiero hablarle de todo mi viaje en general.

"Muchísimo me ha gustado España. Es cierto que hay allí mucho que desear, en materia de adelanto, de progreso; pero en cambio, qué costumbres, las de aquella gente, verdaderamente encantadora; qué país aquel de vida más pintoresca! y sobre todo para un *antiqueño* (como lo entendía Gutiérrez González) ¿qué mayor encanto y placer más magnífico que el de encontrar, en medio de estos poblados desiertos, un pedazo de tierra en donde, si bien no hay tampoco *arepa* ni mazamorra, si otras muchas cosas casi, casi *antiqueñas*!....

"Mirada artísticamente nada deja que desear, á no ser soberanos menos pñados, ó como dicen allí, *chiflados*, que al-

gunos de los que ha tenido. Entre ellos Carlos V.... grande para la guerra, como enano para el arte....

"Mucho le extrañará á Ud. oírme semejantes cosas de un hombre como aquél; pero si Ud. fuera á la Alhambra y viera destruida casi la mitad de esa maravilla.... para edificar un palacio que hoy mismo no han podido acabar; si viera la gran Mezquita de Occidente, en Córdoba, recortada, destrózada; todos sus hermosos trabajos árabes tapados con cal y asquerosas pastas de tierra; si mirara también, para oprobio de esa tierra española, lo hecho por Felipe II, en pro de las artes! Y á pesar de que el mismo Carlos lloró de tristeza al ver la obra de sus manos y confesó su error, y á pesar de que los españoles todos quisieran restaurarla, á pesar de esto.... y de mucho más.... tan solo da el Gobierno para su restauración.... 2,500 pesetas! mientras se asignan al nuevo rey, á un pobre niño, 7,000,000 de rentas y la España que vale, la España artística, la España antigua, la España moruna, sarracena, y en algo española también, si se quiere, se va derrumbando, deshaciendo, como sus millones en las arcas del nuevo rey—y sus parientes—y en los bolsillos.... secretos!

Pobre España!.....
....."No trato de aparecer modesto.

Reconozco que Dios, infinitamente bueno, me ha dado un pequeñito rayo de esa luz divina que se llama la inteligencia y que hace al hombre soberano del mundo é imagen admirable de ese Sér Omnipotente; pero de allí á más allá, un punto nada más, ya es otra cosa...."

"Poco más hay que contar ahora de París, pues lo he encontrado casi desierto. Todo el mundo está en los baños, y los que no han podido ir porque no han podido... están encerrados en sus casas metiendo LA GÓMEZ, (1) porque les da vergüenza la falta de dinero!.... Juzgue de esta vida! La expulsión del Conde de París y demás príncipes de familias que han reinado en Francia, la berrada del escalafón militar de los monárquicos y la supresión de periódicos partidarios de éstos, ya lo sabrán UU. allá, lo mismo que las amenazas de los expulsados. Aguardemos"

"París, 27 de Septiembre de 1886.

(23 Rue Fortuny.)

"Respetado maestro y amigo querido:

"Al fin recibí una cartita suya, la de fecha 25 de Julio, la cual me ha llenado de contento, pues me prueba, como siempre, el verdadero cariño del que ha sido mi padre en lo intelectual, y sincero ami-

(1) Modismo antioqueño.

go en toda ocasión, bien me haya sido propicia la fortuna, ó bien haya sufrido sus desencuentros.

"Mucho, mucho, me lisonjean los conceptos que ha formado U. de mis cartas, aunque sólo sean aceptables en vista de la sinceridad con que son expresados. Yo quisiera, como le he dicho en mis anteriores, poder escribir algo serio sobre todo lo que aquí hay de admirable y grandioso; pero la maldita vida que aquí se lleva, no me deja pensar en nada de provecho. Es verdaderamente deplorable el estado á que uno llega, sobre todo en París, cuando, como yo, se lleva una vida de paseo y diversiones en que, dicho sea en honor de la verdad, algo se aprende también, sobre todo *para más tarde*. Quizá de lejos, cuando esté en esa querida tierra, pueda hacer algo sobre aquello.

"De molde ha venido lo que U. me dice sobre viajes, pues casualmente estoy con deseos de echar un paseito por Italia, en estos días; sólo que, como ya el viaje á esa está próximo, no sé si me resuelva. Además, créalo U., aún no conozco la mitad de los monumentos y grandiosidades de París, para lo cual se necesita, lo menos, un año y apenas haciéndolo á vuelo de pájaro.

"Por eso mismo volveré hoy á hablarle de esta Babilonia, concretándome, eso sí,

á algún punto determinado, única manera de poder decir algo claro y metódico.

"Como ya entró el otoño, y por cierto con un frío que hace presagiar un invierno atroz para los pobres que mueren en las calles, espléndido para los *parisienses de mundo*, y con él la elegancia se va al *Bosque*, que es, entonces (y siempre) hermosísimo, le suplico me acompañe á pasar una tarde allí, mi paseo favorito en París, pues sólo en él puedo pensar libremente en mi tierra, en mis amigos, en todo lo querido que en ella dejé. Pero antes me permitirá pintarle una cosa, para mí de lo más bonito que puede verse en el mundo entero, y que servirá para mostrarle un poco mejor el *Bosque*, como que por allí hemos de pasar para ir á él, y no es menos hermoso paseo: la Plaza de la Concordia y la Avenida de los Campos Elíseos.

"Como Ud. habrá visto en las fotografías que por allá tenemos, es dicha plaza un cuadrado inmenso, cuatro plazas como la mejor de Medellín reunidas, más ó menos. En todo el centro está el famoso Obelisco, uno de los monumentos más hermosos de la ciudad, á mi modo de ver. En las cuatro esquinas, formando el cuadrado, están las estatuas que representan varias ciudades de Francia —son ocho todas. Es allí donde tiene

lugar, cada año, el 14 de Julio, la reunión más unánime y conmovedora de la fiesta nacional: todo el pueblo francés (los habitantes de París y los que han podido venir de otras partes) todo, en fin, por medio de sus representantes, va á llorar allí, al pie de la estatua de la Alsacia, y á cubrir de coronas fúnebres ese pedazo de antigua patria que, hombres y mujeres, niños y viejos, juran rescatar algún día, que ellos ven ya poco lejano.

"También adornan muchísimo la plaza las hermosas fuentes de juegos de agua que rodean el Obelisco, y los bien colocados farolitos del alumbrado público que marcan, dentro de la plaza, los caminos de coche y de á pie. Sólo se extraña allí que, en una ciudad como París, no se haya sustituido ya por completo el gas por la luz eléctrica, sobre todo en un punto como ese, cuando se ha adelantado tanto en esa materia, que hoy se ven ya, en Europa, ciudades alumbradas totalmente por dicho sistema, y se ha conseguido aplicar la electricidad hasta para los tranvías, como lo atestigua el que de dicha plaza conduce á la Exposición de la Industria.

"Como vista panorámica es admirable la plaza. Coloquémonos al pie del Obelisco, mirando primero del lado del Sena. Al frente se contempla el río, cubierto á

todas horas por elegantes vaporcitos y embarcaciones de toda clase; lo corta el Puente de la Concordia, uno de los más hermosos de dicho río, y mirando, desde nuestro sitio, y en la misma dirección, se ve la Cámara de Diputados, en línea recta con el puente.

"Girando, ahora, á nuestra izquierda, un cuarto de vuelta nada más, se ven los elegantes jardines de Las Tullerías, que, la verdad sea dicha, no me parecen tan bonitos como interesantes los hace aparecer á nuestra imaginación el recuerdo de tantos horribles dramas que allí tuvieron lugar.

"Demos otro cuarto de vuelta, también á nuestra izquierda, y tendremos delante el lado opuesto al río. Al frente exactamente del puente y la Cámara de Diputados, principia *la rue Royal*, hermosa y ancha calle, de tres cuadras de extensión, poco más ó menos, á cuyo término está la placita de La Magdalena, y la Iglesia de dicho nombre (la única en que he oído misa en París), de manera que los dos edificios, la Iglesia de Dios y la de los Diputados, se están mirando cara á cara, y así estarán hasta que uno de los dos dueños disponga otra cosa.

"La fachada de la Cámara es casi igual á la de la Magdalena; así es que cree uno, á primera vista, que hay un

inmenso espejo, al fin de la calle, que reproduce la última.

"Colocados siempre en el mismo punto, vemos también dos magníficos edificios—ambos del Gobierno, según creo—iguales en su fachada exactamente, que forman ese lado de la plaza, uno á cada lado de la calle *Royal* que ya conocemos.

"Ahora, otro cuarto de vuelta; (pero ya es el último, que si nó, creo terminaríamos Ud. y yo caminando á cuartos de vuelta, de tanto girar al pie del Obelisco, y hasta cojos quedaríamos del lado izquierdo).

"... Son ya las cuatro y media de la tarde, hora de irnos al Bosque; pero antes de montar en el elegante coche que nos aguarda, (porque ha de ser elegante; que á donde hay *elegancia*, *elegantes* hemos de ir...) es necesario contemplar la hermosísima é incomparable avenida de los Campos Elíseos.

"Figúrese Ud. una calle larguísima, cuya anchura guarde perfecta armonía con el largo; con seis, ú ocho ó diez calles más á los lados, formadas éstas por árboles en hileras de faroles para gas; con cafés y elegantes edificios á los lados. Por todo el centro de la calle, otras dos hileras de faroles colocados de trecho en trecho, en un espacio ovalado del to-

reno, más levantado que el piso, que sirven para marcar, sobre todo de noche, la dirección de los carruajes: por el lado derecho los que van, y por el izquierdo los que vienen. Ningún coche puede salirse una vara de su camino, porque lo detienen al momento los agentes de policía colocados al pie de los faroles. En el centro, ó mitad de la carrera, una especie de placita redonda, con fuentes y jardín á los lados, y rodeada de cafés, cantantes, especie de teatros-jardines, donde se canta, se baila, se hace de todo y pasa uno ratos sabrosísimos, y todos ellos rodeados de bombas de gas, pegadas unas de otras, formando las puertas y toda clase de figuras. Aquello es magnífico. ¡Bravo! por los franceses.

“Pero hay otra cosa mejor aún: el Arco de Triunfo, que se destaca majestuoso y espléndido cerrando la avenida.

“No soy arquitecto ni escultor: hablo solamente como admirador profano de lo que es bello, verdaderamente admirable. Por eso no le hablo del Arco, que además, Ud. conoce perfectamente por las vistas de él que han llevado á esa, las cuales lo reproducen bastante bien.

“De la vista del Arco de Triunfo le hablaré en otra ocasión, cuando haya subido á él. La Plaza de la Estrella,

donde está colocado, es también muy bonita y alegre, como que á ella dan doce avenidas preciosas, que forman la estrella.

“Atravesando el Arco para seguir nuestro camino, entramos en la no menos hermosa Avenida del Bosque de Boulogne. Esta tiene un poco más de la mitad de la de los Campos Elíseos, en cuanto á extensión (1340 metros de largo, por 2,100 que tiene la última). Al fin de dicha avenida está la Puerta Dauphine, donde principia el Bosque.

Este es un parque inmenso, surcado por todas partes por avenidas anchas y cómodas, con caminos para coches, caballos y gente de á pie, y de otras más estrechas y solitarias, unas para coches, otras para caballos y otras solamente para caminantes; por hermosísimos lagos cubiertos de lanchitas y demás embarcaciones de paseo, y de cisnes, patos y otros animales, y en los que hay islas con espléndidos y pintorescos cafés, donde se sirven almuerzos, comidas, lo que U. quiera; en fin, un parque como no existe en ninguna parte, con cafés riquísimos á cada paso, ya elegantes y serios, ya de recreo y que convidan á la alegría y al buen humor por su aspecto pintoresco y risueño; ya raros, pero siempre embellecidos por el gusto y las comodidades parisenses, como “el Chino”, etc., con cascadas que

á la belleza natural unen el mérito del trabajo del hombre; con tranvías, coches y caballos manejados por bellísimas y graciosas amazonas... *desencajados y entumecidos* caballeros; con románticas y nobles mujeres que van allí á hacer gala, unas de sus riquezas, otras de su hermosura, y alguna de ambas cosas!... Mas veo que me he dejado llevar de la imaginación, apartándome, del todo, del hilo de la descripción que me proponía hacerle, y que apenas bosquejé á la ligera; aun siendo así, suspenderé por hoy, pues sería incapaz de nada, cuando estoy todo en Medellín, en Miraflores, olvidado de lo desagradable, y trabajando sólo en la dulce tarea de la realización de mis sueños, que á ratos veo sucedera, cuando pienso en que están de mi parte el cariño y la amistad de amigos tan buenos como U., y de consejeros tan sabios como el que lo ha sido siempre de mi vida!"

De Turín nos decía, en Octubre de 1886, con verdadero entusiasmo:

"Respetado maestro y amigo mío: Nada más natural que, cuando estoy verdaderamente contento, y con el alma llena de entusiasmo, me dirija á U., para hacerle partícipe de mis emociones.

"El domingo, en el almuerzo, propuso mi papá, cuando menos lo esperábamos, una visita á Roma, al Padre Santo, antes

de ir á esa tierra antioqueña. Todos nos entusiasmos con dicha noticia, y á pesar de no tener casi tiempo, pues nadie ha arreglado nada de equipajes todavía, el viaje quedó resuelto para el martes (ayer).

"A las once y cincuenta y seis minutos salimos de París, por la estación de Lyon, y hoy, á las ocho de la mañana, estábamos en Turín. La jornada, de suyo fuerte, cansó mucho á mi mamá y las muchachas, pues tuvimos varios cambios de tren á deshoras de la noche. Además, nadie durmió un momento; ninguno quería perder la vista de los Alpes, aun de noche, y con razón nos felicitamos hoy de haber obrado así.

"Mas sería imposible contar á U., con el poco tiempo que tengo, lo que mi imaginación exaltada y conmovida por tanta belleza, admira, al presente, con fanatismo. Ah! en medio de la noche, con un poco de luna solamente, atravesando aquellas inmensas moles coronadas de plata, sin otro ruido que el del *enano gigante* que nos conducía audaz, entre rocas y cascadas, penetrando debajo las montañas, desafiando los elementos, yo he sentido volar mis pensamientos, de orgullo enloquecido, sobre las heladas cimas de los Alpes, y he visto rodar la nieve por sus faldas, derretida al calor de mi entusiasmo !

"En cuanto á ésta, Turín, la hemos conocido en el día, á vuelo de pájaro, pues mañana seguiremos para Roma. Torino es una de las poblaciones más pintorescas que he conocido; y en cuanto á monumentos etc., nada menos podría decirse.....

"Si estoy loco, amigo mío! Sólo siento no haber venido á Italia con tiempo de conocerla *íntegramente*, pues ya no veré más que á Roma, y volveremos á París, á arreglar *corotos* en seguida. Quizá me demore á la vuelta en Venecia, Génova, Milán ó Nápoles, ó en todas ellas aun cuando llegue á casa, á la rue-Fortany, la víspera de marcha para Colombia (el 8); pero me parece difícil, pues tendría que adelantarme á la familia."

Su ansia de volver á Antioquia, su patria adornada, lo hizo regresar antes que el resto de la familia, á fines de 1886. Desde aquí escribía constantemente á su señora madre dándole cuenta detallada de todo lo importante que ocurría, pues su amor filial rayaba en frenesí para con su afectuosa madre, sobre todo. Ella había ofrecido que la fiesta de la Virgen de la Candelaria,

ria, patrona de la Villa, se haría por su cuenta el 2 de Febrero de 1887. Al efecto, José María y nosotros fuimos comisionados para hacer lo mejor posible, en honor de la Madre de Dios, en ese día. Sin pérdida de tiempo y sin omitir gastos cumplimos nuestra tarea. A esa festividad se refiere la carta siguiente, de 8 de Febrero de 1887:

"Medellín, 8 de Febrero, 1887.

"Querida mamacita: Al fin recibimos noticias de Ud., después de mucho tiempo, lo que nos causó muchísima alegría, al par que tristeza, al saber que, aunque todos buenos hoy, habían estado antes mal....

"Dios ha de librarlos de todo mal hasta que nos veamos reunidos aquí....

"Por el correo pasado pensé escribirle contándole muchas cosas sobre la fiesta de la Candelaria, pero me fue imposible porque, queriéndome aguardar á ver todo para poder contarle, fui á la misa pontifical, que duró hasta las doce pasadas, y cuando quise salirme á escribir, me fue imposible, pues no se podía dar un paso en la Iglesia, ni para atrás ni para ade-

lante, y el correo cerró sus despachos á las doce.

"Hoy trataré de darle una idea de la fiesta. La víspera hubo fuegos artificiales, y por lo lucidos que estuvieron se puede decir que en algo se parecían á los de allá. Hubo ruedas, castillos en todas formas, como ramilletes de flores etc., cohetes, luces, culebrillas y mil cosas más. En fin, se quemaron varias arrobas de pólvora, trabajada hábilmente por gente de Río Negro, y todo el mundo convino en que nunca se había visto aquí cosa igual.

"El gentío fue inmenso esa noche. Los balcones estaban llenos, casi en su totalidad, y la plaza temblaba de gente.

"Por todas partes se oían su nombre y el de mi papá, colmándolos de bendiciones.

"Al otro día fué la misa pontifical, cuya concurrencia ya he dicho. La iglesia estuvo espléndidamente arreglada, por Jacobo, aunque con sencillez. Sobre todo de noche, con la iluminación, estaba encantadora. La música fué también muy buena, nada común, y muy adecuada á las circunstancias. Las salves han estado muy concurridas y muy buenas.

"Nada, pues, faltó á la fiesta. Usted debe estar contentísima por lo hecho, como que todos aquí han admirado lo que han visto..."

Del preámbulo de una descripción que hizo José María en su segundo viaje intitulada *Un verano en Suiza*, escrito que sentimos no haber hallado íntegro, cortamos los siguientes párrafos:

"UN VERANO EN SUIZA

"*Recuerdo de viaje*"

PRÉAMBULO

"Siempre he sido (y creo que lo seré siempre) decidido amigo de los recuerdos. Si los tengo dichosos, ellos son para mi alma como ecos acariciadores de alegrías que aún la deleitan, ó cual querida voz enamorada que unido tiene todavía mi corazón á una dicha que conmovió sus fibras; si tristes, reliquias de mis dolores—cuánto más frecuentes son!—los miro como suspiros de alivio que me advierten que ya un pesar ha pasado, de los que cabrán en mi vida: por eso me complazco en cultivar toda clase de recuerdos.

"...A través de ese mágico prisma, que nos hace concentrar en un solo instante toda nuestra vida en la memoria, todo se purifica y embellece, como no sean las sombras del mal, que antes lo empa-

ñan. Y es justicia: que si hasta el dolor se dulcifica en el recuerdo para el bueno, amargar debe su recuerdo al que ha faltado....

".... Aunque no intente escribir mis confesiones, creo poder decir aquí que los míos, hasta hoy, no me atormentan; los felices como los desgraciados sucesos de mi vida, aparecen en mi memoria dorados por la luz crepuscular del tiempo, dulces ó melancólicos, jamás sombríos.

"A mi manía de *recordar*, aunque no soy un viejo, se ha unido hoy el intento de escribir, tal vez inocente dislate; mas, sea como fuere, y salga lo que Dios quiera, cumplidos han de quedar una y otro, que á nadie le va ni le viene, bien ó mal, en este relato.

"De entre mis recuerdos quiero sacar en esta vez algunos muy felices, tanto como es hermosa la tierra que me los inspira, la poética Suiza. Merecerán ellos una dedicatoria? Seguramente nó; pero mi corazón me hace escribir aquí:....

"Á MI MADRE, Á MI PROMETIDA

"Y Á MATÍAS VILLA.

"Mi afecto será mi excusa para con ellas, así como para con el amigo y compañero de ese viaje.....

Miraflores, Enero, 1891.

J. M. A...."

.... Hermosas deberían de ser esas páginas si hemos de tener en cuenta el tema y la dedicatoria, pues que el amor de José María á su respetable madre rayaba, como hemos dicho, en idolatría con mezcla de respeto y profunda ternura; y Suiza se presta para la pintura que pudiéramos llamar caleidoscópica.

Como muestra de las descripciones de José María sobre Suiza, y ya que se han perdido las páginas de sus impresiones de viaje á aquel simpático país, publicamos aquí, en reemplazo, algunos párrafos de cartas, sintiendo una vez más no poder reproducir los cuadritos en miniatura que su suave pincel, con agradable sencillez, nos hubiera ofrecido.

"... El 28 de Julio (1890) salí de París con dirección á Ginebra, la célebre ciudad de Rousseau, llena de tan simpáticos recuerdos de gentes ilustres, como Byron, Voltaire y M^{de}s Staël. Aunque poco notable esta ciudad por sus escasos mo-

numerosos modernos y antiguos, es bastante pintoresca por su posición en el extremo inferior del lago Lemán, que le ofrece á todas horas su coqueta imagen en la azulada superficie de sus tranquilas ondas, y cortada por las impetuosas corrientes del Ródano, que de aquél se desprenden con la velocidad de la flecha, y separan el antiguo Ginebra del nuevo barrio de San Gervasio.

“Fácil es conocer la ciudad en algunas horas, como acontece con todas las de Suiza, á causa de su ya citada pobreza de monumentos históricos importantes como obras de arte; sin embargo estuve en ella cuatro días, tiempo suficiente apenas para visitar sus hermosos alrededores y los mil poéticos sitios que rodean las magníficas riberas del lago de su nombre. Un día pasé en éste, á bordo del cómodo vaporetto *Mont Blanc*, uno de los muchos y muy buenos que hacen diariamente el servicio del lago. Al principio los castillos, villas y *chalets* se suceden sin más interrupción que la que interponen entre ellos sus parques y jardines en ambas riberas, en las suaves laderas al pie de los Alpes suizos, á la izquierda, hasta los límites con la Saboya por la derecha. Entre todo citaré el museo *Adriana*, propiedad particular del fundador, quien le dio el nombre de su madre, y

no menos hermoso por su posición y arquitectura que célebre por las obras de arte y curiosidades de todo género con que su dueño lo ha enriquecido en treinta años de constante trabajo; y el castillo y pabellón de la baronesa de Rothschild, que debe de ser un verdadero *Edén de delicias* (!) para sus moradores, si su carácter corresponde á la rica fantasía que ha creado la belleza de esos sitios. Cuando los dispersos edificios de recreo terminan, continúan siempre dando su nota alegre al paisaje de las riberas los rústicos *chalets* de los campesinos, todos rodeados también de florecidos jardines; fértiles huertecillos y frescas arboleas, de trecho en trecho, sombrean pintorescas aldeas cercanas, mientras que otras muchas apenas se divisan á lo lejos entre los resplandores del lago, que el sol colora, y en medio de las nieblas que se disipan huyendo á las montañas que amurallan el horizonte.

“A alguna distancia de Ginebra las agrestes costas de la Saboya se tornan cada vez más escarpadas, mientras que al frente la campiña suiza se espacia aún más, siempre interrumpida por graciosas colinas en donde las cabañas campestres asoman sobre coposas florestas, como rústicos nidos de seres *siquiera un poco menos ... civilizados que los hombres*.

"Los vaporcitos que dan vuelta al lago, van tocando en cada aldea para dejar en las riberas los viajeros que constantemente las visitan, y tomar los que se dirigen á otro punto. Nosotros bajamos en Terrilet solamente, y de allí nos fuimos en botes al célebre castillo de Chillón, antigua residencia de los condes de Saboya, y lugar de expiación del patriotismo suizo en esos tiempos. Su mayor celebridad la debe, como Ud. sabe, á la prisión de Bonivard, notable patriota que pasó allí seis mortales años, atado á una columna al rededor de la cual se ven aún las huellas de sus desnudas plantas, lo que originó el poema de lord Byron *El prisionero de Chillón*. Allí están, grabados sobre las columnas de martirio, los nombres inmortales de Byron, V. Hugo, Schiller y algunos más que han visitado el soberbio castillo feudal; mas casi desaparecen ya entre la balumba de mil nombres de necios viajeros que, al lado de los genios, se empeñan en mostrar la oscuridad de los suyos desconocidos.

"Aparte del interés histórico, el castillo es interesantísimo por su situación, levantado como está sobre una roca cortada á pico del fondo del lago, y separado de la orilla por un foso de veinte metros que atraviesa un puente, hoy en seco; y por la pintoresca forma de sus to-

rrerones, esbeltos á pesar de lo pesado de las construcciones antiguas. De *Lausana* llevo dos cuadritos, uno del *Castillo* y otro de la capilla de *Guillermo Tell*, sobre el lago de los *Cuatro Cantones*, que le darán una idea más exacta de su excepcional hermosura.

"Otras dos excursiones sabrosas fueron las que hice á *Ferney* y á *Coppet*, donde se ven aún el castillo de *Voltaire* y el de *Mme. Staël*. El primero ha sido completamente modificado; pero aún quedan el salón y el dormitorio del célebre filósofo arreglados con sus mismos muebles, carcomidos por los años, como recuerdos de la existencia que se extingue—la material—y grabados en el santuario del genio dos hermosos pensamientos, emblema de la otra, que no se apaga: "*Mes mains sont consolés, car mon cœur est au milieu de vous*"; y más abajo: "*Sois cœur est ici, et son esprit partout*." Además se conserva todavía la avenida donde el famoso *Patriarca de Ferney* acostumbraba pasearse en medio del parque, y los jardines modernos. Es esta una arreglada y larga calle formada por dos hileras de árboles, poco corpulentos, que se unen encima figurando una bóveda perfecta ó túnel vegetal de tal manera dispuesto que no hay una hoja que salga más que otra, é iluminada por muchas ventanas

cuadradas, abiertas en el espesor mismo de las paredes, que tienen como una vara de ancho y ocultan con sus hojas las ramas naturales que las contienen. Desde allí la vista sobre el lindo valle que se extiende por aquel lado es sorprendente, una de las más hermosas que conozco.

"Yo gozo contando esto á mis amigos, á aquellos que me hacen falta cuando veo tanta maravillosa belleza, porque los quiero de veras; gozo, digo, en comunicarle mis impresiones, tratando de hacerles partícipes de ellas; pero me desconuelo cuando pienso en lo incompletas que tienen que ser mis cartas, escritas á vuelo-pluma, y exclamo también dentro de mí: *¡Quién supiera escribir!* Por eso debe Ud., mi querido amigo, aceptar y aun agradecer un poco estos breves apuntes, que no tienen más valor ó interés que los que la amistad les concede bondadosamente. Para dejar á Ginebra citaré aún la poética Isleta de Rousseau, en medio del Ródano, allí donde éste se precipita, y en la cual se ve la estatua del gran misántropo, á la sombra de unos enanos álamos.

"... El 1.º de Agosto salimos para Chamounix: dejando á París, y esta fue causa suficiente para librarme del tedio mortal que me atormentaba en esa capital. Lo que es por esta vez, razón tendrán

allá, y de sobra, para juzgarme tan imbecil que soy capaz de aburrirme desesperadamente en París. mas como ya estoy fuera, ni recordarlo quiero; lo dejaré con gusto, y por entero, á la fantasía de los que desde la *Villa de la Candelaria* sueñan con él, para contar á la ligera mis gratas impresiones en un desierto valle, el de Chamounix, que tiene ya en mi corazón lugar privilegiado y ha impreso en mi memoria recuerdo dichoso é imperecedero. Para otros será mucho más hermoso; para mi alma, melancólica aun en la alegría, nada hay igual á aquella estrecha quiebra de los Alpes, á aquel *minúsculo paraíso* donde si no estuve más de cinco días no fue por falta de deseo. Estos los empleé en recorrer las montañas que forman el valle y entre las cuales el *Mont Blanc* se levanta majestuoso, envuelto en su nevado manto, hasta confundirse en el espacio con las flotantes blancas nubes que se desprenden del cielo como espirales de humo sagrado de un incensario siempre ardiente! ... Días felices fueron esos para mí, en medio de esa naturaleza libre é indomable, como mi alma, y sublime de hermosura y poesía.

"Llega aquí el lugar de la descripción, y para mí lo difícil. El pincel de un famoso pintor—Loppé—puede darles mejor idea de lo que yo no sé pintar con la pluma. Al

efecto van dos cuadros de verdadero mérito, que representan lo más fielmente posible: *El Vallecito de Chamounix* desde el mal paso, el uno; y el otro una de las más hermosas neveras del Mont Blanc: *La mer de glace*, que conocí personalmente. (Envío también una fotografía hecha en medio del ventisquero el día que lo atravesámos.)

«Es Chamounix una aldehuela compuesta de pobres casas de campesinos y muchos suntuosos hoteles, colocada casi en la mitad de un valle estrecho, de cinco leguas de largo y media de ancho, al pie del Mont Blanc. Por todos los lados se ven enormes montañas, ya nevadas, ya desnudas y rocallosas ó cubiertas en sus faldas, casi perpendiculares, con trechos de hermosas florestas de oscuros pinos sombríos ó verdes, color de esmeralda, que todas las variaciones de este color se ven en ellos. Hay partes en que al terminar un tupido bosque continúan los pinos por grupos formando largas filas paralelas, enredando sus raíces en las rocas, y entonces semejan un ejército formidable de mudos fantasmas que escalan el cielo. Por la tarde, cuando el crepúsculo es denso velo que apenas deja pasar á través de sus oscuros tintes sutiles claridades, en noches de luna ó á la incierta luz de un amanecer tímido y pe-

rezoso, el cuadro es soberbio. En la pintura que envío, la impresión estética que produce conmueve como la realidad. A cada instante se aguarda el ruido infernal de alguna gigantesca batalla, y el espíritu se sobrecoge y se turba como en presencia de lo sobrenatural unido á lo extraordinariamente extraño y grande.

«La enorme y majestuosa cadena del Mont Blanc, forma el valle por el oriente y levanta hasta el cielo sus cimas salvajes, sus mil agujas sorprendentes, llenas de quiebras y sinuosidades por donde la nieve se desliza insensiblemente hasta las maravillosas neveras que se estacionan en las vertientes de las montañas, y vienen á morir al valle, ó mejor dicho, á transformarse en espléndidas cascadas, en impetuosos arroyos y heladas corrientes de mil formas, las que á su vez van á reunirse al impetuoso Arberio que corre y se extiende, como amarilla cinta, sobre el verde mar del encantado vallecito.....

«Cuando el tiempo está claro y sereno, la vista del Mont Blanc es magnífica desde abajo. Visto de las montañas opuestas de la Hegère, por ejemplo, es incomparable. En ocasiones el cielo está límpido y azulado, cortado apenas por rizadas nubes de verano, como las nuéstras, en que el sol hace jirones y desva-

neces la niebla del espacio y colora y funde las nieves de las alturas. Se duda entonces si es que la nevada montaña rasga el cielo en plateada nube, ó que el firmamento descuelga sobre las crestas su manto hecho cendales: no conozco espectáculo más sublime.

"Hay en el vallecito cinco ó seis aldeas, pobladas por la simpática y amable gente del país; multitud de cabañas y pintorescos *chalets* aparecen por doquiera en los flancos pendientes, dichosos y agrestes nidos que resaltan alegremente en el fondo oscuro de los pinares. A cada paso se encuentran rústicas ventas y fondas en los caminos que cruzan el valle y excavan las montañas; y aun en las heladas climas se levantan magníficos hoteles y jardines, donde se encuentra buen servicio y alegre acogida entre el sinnúmero de turistas que diariamente se reúnen allí, y las gentes que pasan en ese lugar la temporada de verano. No obstante, es Chamounix el centro de los viajeros por estar allí casi todos los hoteles y ser éstos muy buenos. Es curioso el espectáculo que presenta aquella aldea: con sus espléndidas casas para los viajeros, en medio de unas pocas pobres pero risueñas cabañas que contrastan con aquéllas. Hay allí gentes de todos los países del mundo, hablando cada uno en su idioma,

en constante animación y bullicio; con sus diligencias y coches que llegan cada momento colmados de nuevos visitantes, y las estrambóticas y alegres caravanas de los excursionistas que se dirigen á las montañas, unos á pie y otros en enormes y perezosas mulas, conducidos por los guías prácticos, que lo son todos allí.

"Hablé más arriba del pintor Loppé. Es un especialista para las nieves y paisajes de los Alpes, reconocido en todas partes como tal; trabaja en Chamounix, donde tiene su exposición. De él son los dos cuadritos de que hablé antes; son obras de no escaso mérito y un bonito adorno para salón.....

"Con pesar verdadero me alejé de ese tranquilo y agreste vallecito, en vía para Lausana por Martigny y la *Tête noire*, elevada montaña salvaje que separa la Saboya de Suiza, cortada en sus verticales pendientes de granito por un camino casi fantástico tallado sobre la roca. Nada encuentro en nuestras montañas vírgenes que pueda compararse á lo que he recorrido en este país; y por lo que hace á su belleza, tampoco hallo nada igual siquiera, á no ser la vegetación, que aquí es casi ridícula y nula, si se ha de comparar con la exuberante de los trópicos. Hermosos pinares por todas partes, que dan tinte sombrío, pero melancólico y

poético á la vez, á los estrechos valles que cortan en todas direcciones las montañas, cuando no son éstas las que interponen al viajero sus murallas rocallosas: es cuanto produce aquí la estéril madre tierra, quemada por los hielos.

“Al fin he pasado, amigo mío, unos pocos días bien contento, y éstos son los de Chamounix; justo es que pague en admiración mi deuda de gratitud, y ya se ve que aquella no escasea en mi carta. En Diciembre conocerán allá los sabrosos detalles de mi permanencia en el célebre vallecito, y me dirán entonces que tengo razón para alabarlo y aun para sentirme triste al alejarme de él; ¿quién sabe hasta cuándo!...”

“Hasta Martigny el camino continúa siempre pintoresco, escalando cimas elevadísimas por entre verdaderos precipicios; tropezando, á cada paso, con minúsculas aldeitas que más parecen nidos de águilas caudales que moradas de hombres; rodeando de cascadas que se precipitan como enormes plumas blancas arrastradas por el torbellino, y cuya fragosa caída une su estruendo al ruido estrepitoso con que gimen, desde el fondo de oscuras cañadas, las lufas que el invierno lanza desde los nevados montes, en bajel de nieve, hasta el cuenco de los ríos que horadan sus cimientos de gigante.

Laégo, desde la *Tête noire*, el camino descende rápidamente hasta dar con el extenso valle del Ródano, que desde la altura ofrece una vista admirable donde queda Martigny, pueblecito interesante sólo como punto de partida para las escogidas excursiones al San Bernardo, á Chamounix y al valle de Sión en el Cantón del Valais. Cuenta sin embargo también en sus alrededores las curiosas gargantas del Durnant, hoy franqueables en una extensión de 800 metros, por medio de una escalera sujeta á las rocas sobre el arroyo que forma catorce grandes cascadas hermosísimas, y la cascada de Pisavache, quizá la más bella de las que he conocido....

“El valle del Ródano, que atravesé para dirigirme á Lausana por el lago, no es tan bonito como aparece desde arriba; al menos eso pienso yo, á pesar de su gran fama.

“De nuevo recorrí una parte del lago Lemán hasta Vachy, puerto de Lausana. Esta ciudad es muy bonita, edificada sobre la vertiente de la montaña, con todas sus casas rodeadas de jardines, y con una vista estupenda sobre el Lemán, sobre las costas de Saboya, el monte Jura por la derecha y parte de los Alpes del Oberland hacia la izquierda. Más que una ciudad llena de jardines, es un jardín poblado, alegre y risueño, y sin más pero

que lo pendiente de sus calles, por lo demás amplias y ascendas.

"El 10 avancé hasta Friburgo, notable por su espléndido órgano, que es lo que puede existir de más perfecto y sublime como instrumento musical, pues llega hasta imitar exactamente, no sólo todas las voces de la naturaleza, sino también la voz humana. Los dos grandes puentes colgantes que unen las dos colinas de la ciudad, muy elevados y extensos (75 metros de alto por 245 de largo), son más raros y curiosos que bonitos.

"La Catedral, que elogian mucho, es... regularmente pasable, en mi humilde opinión; y como esto es todo, nada más diré de Friburgo si Ud., mi buen amigo, ha tenido paciencia para seguirme hasta aquí.

"Diré dos palabras sobre Berna, asiento hoy de los Poderes federales de Suiza, y privilegiada ciudad de los osos. En realidad los guías así la anuncian. Es Berna, de las que he conocido, la ciudad que conserva más curiosidades y recuerdos antiguos. Muchas de sus calles están llenas de bajos pórticos y arcadas de otras edades; de extravagantes fuentes públicas, decrepitos torreones etc., y son muy pintorescos sus trajes locales, en la clase proletaria especialmente. Por otra parte, sus museos de pintura y escultura, histo-

ria é historia natural (este último de los más completos que conozco), aunque reducidos son muy notables por lo mucho bueno que contienen. El Palacio federal es bastante bonito y no lo será menos, según parece, el nuevo que están construyendo. Hay hermosos edificios modernos. Mas lo que constituye la mayor curiosidad de Berna, es la especial predilección que en ella hay por los osos, los históricos osos que le dieron su nombre y son allí objeto de las consideraciones y respeto debidos á 'padres de la Patria'. No hay un solo monumento, ni templos, ni estatuas, ni museos, ni jardines, en parte alguna, donde no se encuentren los populares animales; y los almacenes están colmados de objetos de arte de todo género, pero llevan siempre el indispensable acompañamiento de los privilegiados cuadrúpedos. Me llamó igualmente la atención el mercado de Berna, que se hace acomodándose en las mismas calles bajo toldos, parecidos á los que usan en Antioquia nuestras vendedoras de *baratijas* y que nuestro pueblo llama *tendidos* en las ferias; y las originales 'grandes bodegas', extensos sótanos atestados de barriles hasta de capacidad de sesenta y dos mil botellas! en donde el consumo tiene lugar sobre mal talladas mesas de estilo antiguo, todo lo cual les da un aspecto de vetustez interesante y raro....

"La Catedral, de estilo gótico, es muy sencilla y elegante. No tiene más que valga la pena de mencionarse, que su órgano, que dicen rivaliza con el de Friburgo, y la vista de la torre sobre la ciudad, que es de lo más hermoso que darse puede. Figúrese Ud. una enorme *cse* (**S**) muy cerrada formada por el Aar, cuyas aguas compiten con la esmeralda por su color de un verde incomparable, y que parece esculpida sobre el valle, pues corre en el caño profundo que se forma entre las dos penínsulas de los centros de la tetra antedicha y las cultivadas campiñas que la rodean. En el centro inferior de la *cse* está la ciudad unida, sobre el río—por un gran puente de hierro de dos arcos, elegante construcción de estos dos últimos años—con el nuevo barrio que se levanta en el extremo superior de la letra; por el norte, el pintoresco paseo de Schönenly, que sube hasta una colina elevada con vistas prodigiosas sobre las cadenas y bifurcaciones del *Oberland-Vernois*, coronado de nieves, sobre el Jura, del lado de Neuchâtel, y sobre toda la campiña, de la que salen, por todos lados, nuevos barrios que prolongan la ciudad en todas direcciones, y en cuyas prominencias se muestran risueñas casitas y coquetos, variados y alegres *chalets*; y de pinos, por doquiera, tupidas florestas más lejos, como oscuras manchas ó féti-

les huertos y *socoladas* arboledas de manzanos, duraznos, perales y cerezos cargados de sabrosos frutos, aquí casi silvestres.

"Delante de la Catedral hay una bonita estatua ecuestre del vencedor de Laupen, en 1335, Rodolfo d' Erlach, uno de los grandes capitanes suizos, sobre un pedestal adornado por cuatro osos formidables; á la derecha queda *La Tenaza*, reducido parque á orillas del río, pero á grande altura por el este, donde se ve también otra estatua del fundador de la ciudad, Bertoldo V, al pie del cual otro oso tiene el casco del guerrero y hay cuatro episodios conmemorativos de la fundación de Berna, en bajos relieves....

"Dos días pasé en Berna viendo y estudiando lo más posible, y el 13 salí para ésta en ferrocarril hasta Thun, á orillas del lago del mismo nombre, población antigua poco interesante, y luego en el vaporecito *Oberland* hasta la de Interlaken, de donde escribo. También es muy bonito este punto, y sobre todo animadísimo en el verano. Su principal paseo consiste en una hermosa avenida donde quedan todos los hoteles principales, ahora llenos de extranjeros.....

"Extrañará Ud., amigo mío, el no encontrar en esta larga carta ni datos, ni observaciones referentes á la industria,

á las costumbres; á las artes y al comercio etc. del país que le describo á grandes rasgos; pero no debe culparme por esto, pues de intento he omitido todo lo referente á estudio, no siéndome posible extenderme, por falta de tiempo, lo suficiente para dar cabida en estas ligeras apuntes, sin importancia, á nada serio é interesante....

"Bastante he visto ya; sin embargo es Suiza lo que más me ha gustado. Apenas principio á conocer este país, mas no aguardo ya nada superior á la Saboya, al encantado Vallecito de Chamounix."

VII

Como ensayos de Métrica dejó José María algunos versos notables por la facilidad con que están escritos. No pensó él jamás en que esos ensayos escolares se publicaran; sin embargo nuestra tarea de cuasi biógrafos nos obliga á romper ese sigilo pidiendo venia á su tumba. No son modelos de versificación; pero nos parece que no puede negárseles algún mérito poético.

Para muestra basta un botón.

"EN TU CUMPLEAÑOS.

¡ Por qué murmuran amor las aves ?
¡ Por qué murmuran amor las brisas ?
¡ Por qué las fuentes amor murmuran ?
¡ Por qué mi pecho de amor suspira ?

¡ Por qué las brisas, por qué las aves,
Por qué las fuentes amores brisidan ?
Porque ellas saben, aves y fuentes,
Que hoy cumples años, que hoy es tu día.

Felices ellas que alegres cantan
Tiernos amores, dichosos días;
Yo sólo puedo decirte á solas,
Quedo, muy quedo, "te amo"; y expira
Mi voz ahogada por el murmurio
De aves, y fuentes, y alegres brisas,
Como en los labios de un moribundo
Mueren los ayes de la agonía.

Por eso á solas quiero que leas
Estos renglones que amor suspiran;
Seré dichoso si al terminarlos
Pliega tus labios leve sonrisa."

.... Como muestra de entretenimientos de adolescente, basta lo apuntado. Las ulteriores producciones literarias de José María, fijado ya su criterio literario, un poco pulido su gusto por el estudio y

los viajes y definida su escuela en ese campo, piden capítulo aparte—diremos mejor—opúsculo aparte y críticos más idóneos. Daremos sin embargo una muestra de su nueva manera citando dos estrofas de su hermoso canto intitulado:

"CRUEL ANTAGONISMO

En vano ¡oh corazón! ciego piloto,
La calmada ribera iluso miras,
Aún agita el vendaval sus iras
Que á los ojos oculta el puerto ignoto.

Esa línea lejana que entre brumas
Divisas al través de ola salvaje,
Es de esperanza engañador miraje,
Onda de niebla, círculo de espumas...."

VII

EN su segundo viaje á Europa recorrió José María mucho más y completó su biblioteca; y á su regreso continuó sus estudios alternando entre sus libros y sus negocios. El hizo los planos de su casa, que es un modelo de gusto, de comodidad y de belleza. Para los

negocios tenía cálculo y tino; y su sentido artístico se desarrolló notablemente con los viajes y mediante su espíritu de observación.

Para la música tenía gusto exquisito, verdaderamente estético, y podía juzgar, con algún acierto y sin trabajo, del mérito de las óperas y de las composiciones musicales en general.

Su alma vibraba unisona con todo lo que revelaba armonía, belleza, perfección; y se movía entusiasmada ante las obras de Dios, hechas siempre con peso, número y medida.

A su regreso verificó su matrimonio con la señorita Sofía Llano y formó hogar bajo los auspicios de la mayor felicidad imaginable. Pero las venturas de la tierra son pasajeras. A poco de haberse casado lleno de ilusiones, se sintió malo y llamó, al efecto, un notable médico para consultarle.

En medio de la dicha más cumplida, lo sorprendieron los primeros síntomas de la cruel enfermedad que debía acabar con su preciosa existencia.

A su madre escribía desde 15 de Julio de 1891, estando en la quinta de *Belencito*, en plena *luna de miel*, lo siguiente :

"Querida mamá : Carlos Mejía, quien pensaba ir anoche allá, le contará que si me encontré un poco enfermo del pecho; y le dirá también que estaré bueno seguramente muy pronto. Hoy me siento mucho mejor, pero él me prohibió el viaje á esa en esta semana, á pesar de lo cual la espero á Ud. mañana á *quedarse* siquiera hasta el domingo : *cuidadito!*..."

En lo que menos pensaba José María al formar su soñado paraíso, y al emprender las grandes negociaciones que inició, fue en que la muerte había de interrumpir tanta dicha y tan halagüeños proyectos.

Sintiéndose, después de haber encendido el fuego sagrado de ese

hogar, y por primera vez, afectado, resolvió en consecuencia buscar en Río Negro la salud de que tanto necesitaba, y para esa simpática y salubérrima ciudad partió con su familia, inclusive su madre que con heroico valor, resignación y cuidado lo seguía á todas partes...

En Río Negro permaneció algún tiempo. Allí se le prodigaron atenciones de toda clase y fue cuidado con esmero, atendido por médicos de primera categoría, los cuales supieron agotar todos los recursos de su cariño y de su ciencia para con el enfermo. En aquella culta población fue muy considerado, y allí hizo todo género de sacrificios para ayudar á los médicos y á su familia á combatir la implacable enfermedad que minaba su vida.

Nacióle allí su primer hijo (en 2 de Diciembre de 1892), rayo de dulce esperanza que inundó de júbilo fugaz su corazón amante y tierno, pero esta dicha, como to-

das las que el mundo ofrece, debía durarle poco; porque el ángel voló pronto á su patria, dejando aquel hogar en el más hondo desconsuelo.

Herida así aquella alma sensible, en lo más delicado de su sér, la enfermedad encontró manera de hacer más estragos dilatando sus efectos hasta reagrar notablemente al paciente. A consecuencia de esto hubo de pensarse en su regreso á Medellín, y así lo verificó con pasmoso valor, en medio de la mal disimulada tristeza de su familia y sus amigos.

IX

UNA de las facies más simpáticas que presenta el carácter de José María es su espíritu de beneficencia, su caridad evangélica, su filantropía acendrada.

Protegía, de preferencia, á los artesanos pobres, á los trabajado-

res menesterosos. Estimulaba á los artistas y coadyuvaba á toda obra de interés público y sobre todo de caridad. Fue, por mucho tiempo, socio contribuyente de la sociedad de San Vicente de Paul.

Nos está vedado revelar, á ese respecto, muchos de sus hechos, y sólo como muestra de sus sentimientos y de sus ideas en estos asuntos publicamos las cartas que en seguida se verán.

“Medellín, 25 de Abril, 1887.

“Estimado señor: Con mucho gusto me impuse del contenido de la carta que, con un fin tan laudable, me dirigió Ud.; hace cosa de tres ó cuatro días.

“Mucho le agradezco todo lo que Ud. me dice, sobre todo respecto de mis padres; y en cuanto á mí, no puedo menos de agradecerle igualmente el que me haya proporcionado una segura manera de aliviar, en algo, la penosa suerte que aguardaba á ese joven de quien Ud. me habla.....

“Conforme á lo que Ud. me dice, le ayudo con lo que puedo y seguiré haciéndolo mensualmente, con la misma suma,

"Yo conozco la reserva con que Ud. practica la santa virtud de socorrer al necesitado, y por eso creo innecesario decir que me sería muy satisfactorio quedase esto entre los dos, y nada más.

"Aprovecho la ocasión para ofrecer á Ud. mis respetos, y manifestarle de nuevo mi agradecimiento por sus bondades é indulgencias para conmigo.

"Su atento seguro servidor,

"J. M. AMADOR."

"Al Sr. D. J. Joaquín Hoyos.—Su casa."

"Río Negro, á 29 de Diciembre de 1892.

Sr. D. José J. Hoyos.—México.

"Muy estimado señor: Con algún retraso recibí su muy atenta carta de 15 del presente, la que me apresuro á contestar, hoy que mi mala salud me lo permite, al mejorar un poco.

"Mucho agradezco á Ud. la fina atención que ha tenido conmigo, al comunicarme la satisfactoria noticia de que el joven N. logró coronar con lucimiento sus estudios y está ya, desde Febrero, cosechando, para bien de su familia y de la sociedad, los hermosos frutos del trabajo, justa recompensa de su consagración al estudio y de los esfuerzos de Ud. en favor de su educación.

"Reciba Ud., señor Hoyos, mis sinceras felicitaciones, que tanto merece quien sabe practicar esa hermosa virtud de "enseñar al que no sabe," haciendo del *humano animal* un hombre honrado y útil á sus semejantes.

"Por lo que hace al insignificante contingente que yo presté gustoso, le aseguro que la noticia que Ud. me da es más que suficiente recompensa; pero todavía una insignificante coincidencia me la hizo más grata. Le contaré á Ud. esto, aun so pena de que Ud. vaya á juzgarme *de muy niño*, y á reírse un poco á mi costa. Como dije á Ud. antes, su carta llegó á mis manos con retraso, ó sea el día 22, y en el momento en que recibía varios telegramas de amigos, y presentes de mi familia, felicitandome por mi cumpleaños; lo que me hizo pensar que en aquella casualidad había algo de recompensa.... De quién? ... de parte de Aquel que todo lo puede!

"Perdóneme Ud. que le haya importado contándole esa impresión íntima que me proporcionó su carta, recibida en esas circunstancias, y desprovista de interés para Ud.

"De nuevo repito mis agradecimientos por su fineza y por los buenos deseos que me expresa de que mi salud mejore, y con gusto me suscribo de Ud. atento S. S.,

"J. M. AMADOR."

X

SIN temor de que nuestro criterio se ladee por la fuerza secreta de la afectuosa parcialidad del amigo ó del alucinamiento del maestro, aseguramos que en estos asuntos pensaba y obraba siempre del mismo modo José María; que siempre sus obras caritativas eran ejecutadas con verdadera virtud, con moderación y sigilo, sin ofender al agraciado y sin causar mortificación alguna al favorecido.

Pensaba siempre en la suerte de los infelices y sobre todo en la de los obreros pobres con familia; y en muchas ocasiones era para él un estímulo y un halago el aliviarlos, emprendiendo para ello construcciones y organizando empresas de grande aliento. Y no se satisfacía con hacer grandes obras de caridad monetariamente hablando, de lo cual somos testigos, sino que las

hacía en otras muchas maneras con celo y delicadeza verdaderamente cristianos.

"Quien da al pobre presta á Dios," y la fe nos dice que ya José María habrá recibido con creces del Todopoderoso su recompensa y su paga en el cielo.

Una alma apasionada que sabe admirar y entusiasmarse y que es susceptible de compadecer así, no puede menos de sentir hambre de amor divino—necesita de Dios y de buscarlo.

A su vuelta á Medellín, la ciudad de su corazón, se le hizo una verdadera y merecida ovación.

Sus amigos íntimos, los gremios de artesanos, los obreros y oficiales del Mercado Cubierto, sus amigos políticos, los pobres de la ciudad, todos á la medida de sus alcances y en la mejor forma posible, ya con visitas, comisiones, manifestaciones, escritos, plácemes etc., supieron demostrarle su

aprecio y estimación, su respeto y su agradecimiento. A todos y á cada uno contestaba, con aquella gracia y cultura que lo distinguían y en lenguaje apropiado y digno siempre.

Entre esas representaciones vale la pena de hacer conocer la siguiente, por el mérito de las firmas que la abonan. Pedimos venia para hacerlo.....

"Medellín, 16 de Julio de 1893.

Sr. José M.^e Amador.—*Su sueno.*

"Hemos sabido, con verdadero gusto, que Ud., después de salvarse de un rudo ataque de gripe, vuelve á esta ciudad, donde espera restablecer su salud quebrantada.

"Tiene la presente carta por objeto darle á Ud. la bienvenida; hacer votos por que Ud. recupere pronto la salud, y especialmente presentarle un testimonio público de nuestro cariño. La razón de esto es muy sencilla: Ud. por sus hermosas dotes de corazón é inteligencia, y particularmente por su callada pero fecunda filantropía, es uno de los jóvenes que más honran á esta sociedad medellinense y de

quienes tiene más derecho á esperar la voz progresiva y cosas notables el pueblo antioqueño.

"Vuelva Ud. á la vida activa y habrá para el adelanto un valiente obrero, para la caridad un incansable apóstol, para la instrucción popular un sustentáculo, para la amistad una mano más que pueda estrecharse con placer y con orgullo, y para las ideas liberales uno de los más decididos y ardorosos sostenedores.

Sus estimadores y amigos,

"Fidel Cano, Manuel Uribe A., Luis Eduardo Villegas, Tomás Uribe, Rodolfo Zea, Isaías Cuartas, Felipe B. Gómez, Ricardo Rodríguez R., Carlos Vélez S., Ricardo Castro, Federico Restrepo, Enrique Santamaría, Manuel José Álvarez C., C. Tolosa, Lázaro M. Posada, Miguel Salas, Saturnino Mesa, Ignacio Laverde, Antonio Orrego, Alejandro Piedrahíta, F. Villegas, Luciano Gómez, Joaquín Sañudo, Antonio del Valle, Francisco de P. Olarte L., Miguel Uribe Mejía, Rafael A. Angel, Luis de Riascos, Eduardo Sañudo."

Otra manifestación de los obreros de Medellín, decía así, con motivo de una velación que para pedir al Cielo por la salud de su hi-

jo, hizo la Sra. Uribe de Amador:

“Los abajo firmados, obreros actualmente del Mercado Cubierto de Guayaquil, saludan respetuosamente por medio de una comisión de su seno, al señor José María Amador, uno de los iniciadores de la más grande, útil y atrevida obra industrial, de carácter particular, acometida y realizada en Antioquia, y piden cordial y fervorosamente al Cielo, asociándose fervientemente á los ruegos de su digna madre, señora Lorenza Uribe de Amador, que mejore su salud y conserve muchos años su preciosa vida para bien de su familia, de la Patria, de los desgraciados y de la industria.

Medellín, á 22 de Julio de 1893.

Isaac Readón C., Julio Cardona, Miguel M. Londoño, Cosme Escobar L., Nabor Valverde, José Joaquín Gómez, Juan González P., Leonidas Arango, José Díez, Francisco Muñoz M., Andres Botero G., Antonio de J. Pérez, Pedro Vásquez G., Santiago Echeverri, Anselmo Hernández, Ricardo Muriscal, Antonio J. Sanín, Alejandro Monsalve, Abraham Puerta, Rudesindo Pasos.

(Siguen 114 firmas más.)

De esta fecha en adelante distraía José María sus dolencias, ca-

da vez más agudas, alternando entre sus amigos y los quehaceres de su bellísima casa-quinta, uno de los más notables edificios de esta capital, casa cuyos planos hizo, según dijimos atrás, y que llevó á término con el auxilio de uno de sus mejores amigos.

José María se reservó la dirección de aquel cuasi palacio, cuya elegancia y delicadeza dan una prueba objetiva de su buen gusto artístico.

En Septiembre de 1893 cumplía años su religiosa madre, y José María se preparó, con verdadera unción religiosa, y confesó y comulgó en ese mes, para cumplimentarla así, ya que ningún obsequio mejor podía hacer á la que le había dado el ser y á la que había sabido infundir en su alma sentimientos cristianos, fe en Dios y amor á la virtud. Ultima y bella prenda de amor filial del hijo que

se preparaba resignado para marchar á la mansión de la eterna luz, y se despedía valeroso del mundo, hacia la Patria de los días sin noche y de las perennes auroras.

El 2 de Noviembre de aquel mismo año se presentaron síntomas alarmantes, que fueron minando su organismo y postrando día á día aquella alma vigorosa, que con cristiana resignación y valor inusitado, con la entereza de un justo y con la energía de un mártir, vio llegar su último instante en brazos de todos los suyos y de sus mejores amigos—y lo que es más—en brazos de Dios, á quien volvía acompañado por las oraciones de su madre y preparado con todos los auxilios espirituales. . . .*

El día 18 de aquel inolvidable mes, á las 10½ de la noche, brilla-

* El Reverendo P. Arjona, de la Compañía de Jesús, fue su sabio y amante confidente y lo acompañó hasta la muerte.

ron para el alma de José María Amador las claridades indefinidas del cielo.

Sus exequias fueron concurridísimas, pues el cortejo fúnebre iba acompañado por lo más selecto de la capital y por los gremios de artesanos y obreros de la ciudad, sin que faltasen los pobres que se disputaban el honor de ir á sacudir el polvo de su tumba.

Esa solemne y tierna ceremonia de su entierro, peregrinación dolorosa que comenzó por la despedida de la hermosa quinta de Miraflores, donde jugó tantas veces niño y feliz; donde recibió cuidados afectuosos de sus padres y de su familia en los días de regocijo; donde lo acariciaron los perfumes de las flores predilectas de sus jardines, joven y lleno de vida y de esperanza; donde con mano pródiga alivió, en secreto, dolencias sin número; donde el último rayo del sol poniente iluminó por

la postrera vez aquella frente amplia y doliente; donde escuchó, resignado, los sollozos de despedida y sintió, con valor, el vapor de lágrimas comprimidas de los que le dijeron adiós; desde allí, repetimos, hasta la Iglesia en donde esta madre piadosa quemó ante su cuerpo incienso santo y elevó por su alma cristiana plegarias al cielo; y más allá, hasta el cementerio que guardó para envolverlo su puñado de tierra, á la sombra soñolienta de sus cipreses, al lado de sus antepasados; esa conmovedora ceremonia, solemnizada por representantes de todos los gremios sociales como muestra de duelo general, entre las brumas de la naturaleza misma en día lluvioso, es una prueba inequívoca de la estimación que se tenía por el joven muerto. El rastrero interés de espíritus innobles puede equivocarse, pero el sentimiento unánime de un pueblo no se equi-

voca fácilmente. Tuécese el criterio individual, no sin dificultad quizá; pero no se ladea sencillamente el corazón de un gran pueblo.

Compréndese muy bien por qué al regresar el fúnebre acompañamiento del campo santo, tomando la dirección de la ciudad risueña, se veía en todos los semblantes honda preocupación. Recogido el espíritu sobre sí mismo por los golpes del infortunio, por los avisos de la muerte y escoltado por el dolor, no puede menos de meditar en los misterios de la vida y en los arcanos del destino; ni puede eximirse de pensar en que las escenas alegrias de la vida no compensan sus penalidades y en que sólo las consolaciones de la fe, sobre el campo limpio de una conciencia honrada, pueden acallar los temores del corazón y dar matices á los pasajeros rayos de la esperanza.

La preocupación y la tristeza son naturales en estos casos, porque el sepulturero es una avanzada de la muerte, no es un mero fantasma para acibarar la vida solamente. La muerte es el despertador del alma en su letárgico sueño que nos sugiere los presentimientos de la infinito, y vista por este aspecto pierde mucho de su terrífico espanto y de su siniestro pavor.

Con dulce melancolía, con filosofía simpática decía, á este respecto, Santa Teresa, la gran escritora mística, antorcha de la literatura española y espejo de santidad cristiana:

"Pero la vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquivia:
Vive muriendo primero:
Que muero porque no muero."

En ese cortejo iban su madre y su demás familia, dando así una

prueba de valor heroico y cristiano, y de amor hacia aquellos restos queridos, á los cuales acompañaron, con una fortaleza muy digna de ser admirada, hasta el campo santo....

La luna con sus pálidos rayos alumbra suavemente todos los días sobre aquella tumba las coronas y festones que el amor y el cariño, la amistad y la gratitud renuevan constantemente sobre aquella losa fría; y el sol ilumina en cada aniversario los templos en que se alcanzan oraciones fervientes por el descanso eterno de aquella alma querida.

XI

En conclusión diremos que resaltan en la corta vida de José María tres grandes sentimientos, que irradian de un solo centro nobilísimo: su amor á la Patria, su amor á la familia y su compasión por la desgracia.

Veía en Antioquia no sólo la Patria que embalsamaba ausente con sus recuerdos, llevándola, como diría Quintana, dentro del pecho, sino que veía en ella la tierra que podía devolverle los encantos de su niñez, los idilios de su juventud y la cuna de sus afectos más queridos. No concebía su familia sino en Medellín, en sus calles, en sus quintas, á la sombra de sus arboledas, en los pasadizos de sus jardines, en su eterna primavera y en sus campos pintorescos y risueños, siempre enamorado de su cielo, de su luz, de sus perfumes, de sus brisas. Creía que la felicidad del mundo—sí la hay—no podría existir sino aquí bajo este cielo diáfano, en esta peculiar atmósfera y á la luz vivificante del sol del Pandeazúcar todo unido á su alma por las invisibles cadenas del corazón.

Sin haber pasado por los días negros del pobre ni por las noches

sombrías del infeliz—pues era muy rico—sabía sin embargo compadecer á los desgraciados, apreciar sus dolores y socorrerlos siendo este el más bello y constante empleo de sus sentimientos, la más noble aspiración de su corazón y la más hidalga aplicación de su inteligencia.

Lo fascinaban el talento y el saber; pero se descubría con respeto ante los hombres laboriosos y honrados, ante los obreros pobres y dignos y siempre ante la majestad de la desgracia.

Su familia y sus amigos íntimos formaban el centro de sus afectos. Vivía para ellos y consagraba todas sus aspiraciones á amarlos y á servirles. Primero pensaba en su familia que en sí mismo. Lo vimos, ya moribundo, ocuparse en negocios, cuando para él toda esperanza de vida había desaparecido, sólo pensando en los que atrás dejaba. Lleno de valor, aparecía

alegre por no mortificar á los suyos, cuando sentía que su vida se extinguía y conocía su cercana muerte, cuando comprendía que la alegría embriagadora de los veinte años y las vagas y sentimentales ilusiones de la mocedad se habían convertido para él en sufrimientos terribles que tendrían por término próximo un viaje eterno.

Su naturaleza equilibrada y de artista hacía que su vida y todo lo que le rodeaba, sus quintas, sus jardines, su biblioteca, sus cuadros, sus aves, todo respirara poesía, cultura y exquisito gusto. A los cuarenta años José María habría sido poeta con sólo recordar su pasado, con sólo evocar las memorias de su infancia, de su juventud y de su valle natal, en donde habría encontrado rico venero de irisada pedrería, si no para inspirar una musa doliente, si para templar una lira sentimental y bella.....!

Así como la familia de José María al aspirar el perfume soñoliento de las marchitas y predilectas flores de su jardín, siente renacer el recuerdo del ausente; así esperamos que estas pálidas páginas puedan hacer revivir, leídas al amor del hogar y al calor del afecto, la memoria de aquel cuyo recuerdo jamás se irá del corazón!

Pobre madre! El manantial del sentimiento maternal jamás se agota, y por eso acariciando su dolor, como fuente de merecimiento, mira hoy con la melancolía de los afectos que los ensueños de su vida se trocaron en dolorosos recuerdos cubriéndose de brumas al helado soplo de la muerte. Encambio de sus desvelos le quedó aquí abajo un puñado de polvo, que no alcanza á ser reanimado por el calor de su corazón, con una cruz como enseña redentora. En compensación, porque Dios es muy grande, ve con la mirada de la fe

y para su consolación, allá en el cielo á su hijo que la espera sonriente en esa cumbre divina inaccesible á las miserias de la vida, á los oleajes del mal; allá donde el espíritu puede descoger sus alas y cantar alabanzas al Omnipotente; en ese cielo morada de la virtud que no trepida, de los recuerdos que no se olvidan, del amor puro y encendido que nunca amengua, de la felicidad que no se esconde como la de la tierra y de la esperanza que no nos fascina para engañarnos.

XII

En corroboración de lo que sobre José María Amador hemos dicho, citaremos sólo lo que *La Correspondencia*, notable periódico de esta capital, dijo con motivo de su muerte, bajo la firma de dos de los escritores más brillantes y serios de nuestro país.

Al reproducir esas hermosas y sentidas frases séanos permitido manifestar á los dos escritores nuestro agradecimiento cordial...

Noviembre 22 de 1893.

El 18 de este mes fue una fecha lúgubre para nuestra ciudad, la cual vio desaparecer en ese día—víctima de cruel y larga dolencia—á uno de sus más nobles hijos: José María Amador. Unidos al finado por estrechísimos lazos de amistad y de gratitud, quisiéramos dedicar á su memoria un recuerdo que diera á conocer ese querido amigo á aquellos de nuestros lectores que ignoran lo que fue esa corta y útil existencia; mas, por desgracia, si para esa obra nos sobran corazón y buena voluntad, nos faltan aptitudes y calma, y hasta imparcialidad—porque para nosotros todo en él era perfecto. Por fortuna Fidel Cano, que conoció bien á José María y le tuvo todo el cariño de que era digno, ha venido en nuestra ayuda, y le cedemos la palabra con gratitud y respeto. A nosotros sólo nos resta, hoy día del cumpleaños del que ya no existe, llorar una vez más tan irreparable pérdida y acompañar á su fami-

lia, con toda nuestra alma, en su profunda pena....

J. B. POSADA. (*)

JOSE MARIA AMADOR

Dice un poeta que "el triste vive y el dichoso muere." No es esto cierto, bien lo sabe el mundo todo, que ve cómo ruedan á la buesca juntamente las eminencias y las medianías de la dicha y del dolor, de igual modo que la corriente de un río arrastra tanto las ramas llenas de espinas como las vestidas de flores, y unas y otras lo mismo que las meramente cubiertas de verdes hojas. Lo que sí es verdad es que la muerte del feliz causa más dolorosa y viva impresión que la del desdichado y alcanza por ello resonancia que á ésta le falta de ordinario. ¿Por qué? A juicio nuestro, porque la humanidad no es tan desapiadada ni tan envidiosa como nos la pinta el pesimismo: la cesación del dolor ajeno alivia el corazón, y el término de la ajena ventura lo contrista. Cuando fallece un desgraciado dicen de

(*) Después de escrito lo que antecede, recibimos para ser publicado en el periódico otro recuerdo dedicado á José María, obra de brillante escritor que también tuvo por él grandes simpatías.

L. D.

él, con piadosa satisfacción, aun aquellos sobre quienes no pesaba su infortunio: "descansó al fin!" y ante la tumba del dichoso exclaman "¡qué lástima!" aun aquellos que no participaban de su felicidad.

Empero, no todas las dichas que el sepulcro se traga dejan en el alma la dolorosa emoción de que hablamos: tal privilegio es sólo de las que pudiéramos llamar verdaderas y perfectas; esto es, de las merecidas, de las que son como coronas de la virtud ó galardones de la bondad. Centenares de grandes, de poderosos, de ricos se van del mundo sin que el enriquecimiento de su aparente felicidad arranque una sola lágrima sincera, y en cambio suele correr copioso llanto del alma sobre humildes sepulcros donde se hunden dichas no fundadas ni en la gloria ni en el poderío ni en el oro. Así pues, cuando veáis verdadero dolor por la muerte de alguno de los felices según el mundo, decid que ese era también dichoso según la filosofía; esto es, que ganó como bueno su ventura, que las virtudes le dieron cosecha de prosperidades.

Hé aquí lo que venimos pensando desde el instante en que nos llegó la noticia —no por seguramente temida menos cruel y sobrecogedora— de la muerte de José María Amador; triste nueva que lleva

consigo el doloroso eco que ha causado en la sociedad de Medellín, y cuyo efecto se pudo prever desde que empezó a saberse cómo la vida de ese gallardo y nobilísimo joven corría faminente peligro.

José María era feliz, muy feliz, y merecía serlo. Por eso, fuera del dolor que naturalmente debía causar su muerte á sus deudos y á sus amigos, el unánime sentimiento de tristeza con que se le veía correr al sepulcro, y la honda impresión —también unánime—que su temprano fallecimiento ha producido.

Iba á llegar apenas á los veinticuatro años de edad, plena "primavera de la vida"; el amor le estaba cefiendo por mano de un ángel su fresca corona de rosas; la familia y la amistad le tributaban á porfía tiernos y cordiales afectos, y la sociedad estimación y simpatías; su inteligencia, bien nutrida por el estudio, por buenas lecturas atentamente hechas y por viajes cuerdamente aprovechados, le hacía apto para los puros gozos del espíritu, que él buscaba y sabía estimar; la fortuna le sonreía con insistencia capaz de hacer creer en la constancia de esa voluble maga. . . . ¿No es verdad que era dichoso?

¿Y cómo merecía la prosperidad y la ventura! Mimado por la suerte, objeto constante de la solicitud y las contemplaciones de los suyos, siempre rodeado de

afectuosos amigos, acatado en el círculo social á que pertenecía, querido de las clases obreras, dueño de sus acciones desde niño, expuesto, en una palabra, á irse por diversos caminos á las no envidiables cimas de la soberbia y de la vanidad, supo José María, con cordura no común en los verdes años de la existencia, recorrer las sendas del amplio bienestar y de la dicha cumplida, sin tomar por aquellos funestos atajos ni acercarse siquiera á esas cumbres—enanas aunque vertiginosas—donde la cabeza se trastorna y el corazón se enfía y se endurece.

Lejos de confiar ciegamente en los favores de la fortuna, buscaba en el trabajo medios para asegurarlos. Nunca creyó que tales favores fuesen verdaderos títulos de superioridad, y por eso conquistaba á cada paso los incontestables que nacen de la cultura, de la rectitud, del patriotismo, de la laboriosidad, de los esfuerzos por el bien común, del discreto ejercicio de la caridad. Pagaba tierna y solícitamente el cariño de que era objeto en la casa de sus padres, así como el amor que le sonreía en su casto hogar, recién fundado, y cada vez ganaba con su bondad y rendimiento porción mayor de esos grandes bienes. Leal, consecuente y fino con sus amigos, atento y comedido con todo el mundo, al irse á la se-

pultura no ha dejado atrás quién aborrezea su memoria, y si muchos corazones que la guardarán con profunda simpatía. No contento con merecer por la corrección de su conducta y por la civilidad de su trato la estimación pública, hizo grandes y eficaces esfuerzos por alcanzarla también sirviendo á la sociedad. La Plaza de Mercado de Guayaquil,—verdadera escuela práctica de artes y oficios para los obreros de la capital; enorme empresa donde han ganado honrada y dignamente el sustento centenares de trabajadores; centro de un gran barrio que ya empieza á surgir en torno y que indefectiblemente crecerá con rapidez suma, procurando por mucho tiempo productiva ocupación á millares de brazos;—esa obra, decimos, se debe á la iniciativa y á la tenaz perseverancia de José María, quien al acometerla tuvo en mira tres objetos á cual más lícito y más noble: acrecer la prosperidad de los suyos, contribuir al progreso de su ciudad natal, y ejercer la filantropía en su más excelsa forma, que es la que consiste en procurar al hombre el pan no como limosna sino como justa remuneración de su trabajo.

¿No es cierto que José María Amador merecía la felicidad de que gozaba, y la duración y acrecentamiento de ella? ¿No es muy justo el general sentimiento de dolor que ha causado la desaparición de

tanta juventud, de tanta dicha, de méritos tan positivos, de tan halagüeñas esperanzas?

La comunidad política á que perteneció, sin vacilaciones ni veleidades, el sentido amigo á quien consagramos estas líneas, no tiene hoy en Antioquia un solo órgano de publicidad, porque el Gobierno le ha prohibido terminantemente establecerlo, después de quitarle el único con que contaba; pero quien esto escribe no puede, atendido el puesto con que esa comunidad le ha honrado, permanecer mudo cuando ella pierde un miembro tan meritorio como José María Amador. Así pues, aunque *La Correspondencia* no tiene carácter político, pedimos amistosamente á su Director—amigo y copartidario del finado, como nosotros—se sirva acoger en las columnas de su periódico la manifestación de condolencia que, en nombre de los liberales antioqueños y en el nuestro propio, enviamos á las respetables familias que lloran la muerte de José María; el pésame que por este mismo doloroso suceso damos á nuestro partido, y la especial recomendación que creemos justo hacer á nuestros hermanos políticos, de la conducta leal, consecuente y bien definida que como liberal observó siempre nuestro malogrado amigo, y

de los servicios que generosa y oportunamente prestó á nuestra causa. ¿Cómo ha de llegar el rigor de nuestros contrarios hasta prohibirnos, á más de la expresión de nuestras ideas, la manifestación de nuestros pesares? Los vencedores de Troya sabían respetar las lágrimas que sobre los restos de los hijos de Ilíón vertían los vencidos: verdad es que aquellos héroes eran dignos de los cantos de Homero; pero también es cierto que después de Homero vino al mundo Cristo y sembró semillas de generosidad capaces—por fecundas—de germinar aun en los corazones menos grandes.

Noviembre 19 de 1893.

FIDEL CANO.

JOSE MARIA AMADOR

El sábado 18 del mes en curso, á las diez y media de la noche, sorprendió la muerte al amigo con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Y decimos que lo sorprendió; porque si bien es cierto que el fallecimiento ha ocurrido á causa de larga y terrible enfermedad, no lo es menos que José María esperaba hasta los últimos días recuperar la salud, ó cuando menos vivir algunos meses más; y porque la muerte antes de cumplir veinti-

cuatro años, es siempre algo como una traición de la naturaleza.

No habiendo tenido Amador ni tiempo, ni inclinaciones, ni necesidad, para dedicarse á ninguna de las carreras que moten ruido, ni ocasión de acometer una empresa de suyo muy brillante, su nombre público apenas había salvado los límites de la tierra natal. En cambio, como miembro de familia, como amigo, como benefactor, como patriota y como medellinense deja un gratísimo recuerdo, que ha de ser muy duradero.

Todo fue precoz en José María: escribió calurosamente en pro de su causa, á los catorce años, cuando los niños piensan apenas en diversiones pueriles; emprendió grandes negocios de comercio cuando apenas cumplía diez y ocho; se casó á los veintiuno; fue padre de familia á los veinticócos, y dejó escrito su nombre en la losa del sepulcro la antevíspera de la fecha en que había de ajustar veintiatre. Parece que un secreto presentimiento lo hubiese hecho lanzarse en las más nobles y fecundas actividades de la vida, antes de que la muerte viniera á agostar la muy temprana flor de sus días.

Era José María joven de muy clara y bien nutrida inteligencia. Lo noble de su cuna y lo rico de sus padres no fueron parte en él, como acontece con tantos otros, para descuidar el cultivo de las

dotes magníficas con que la naturaleza lo había adornado. Amador no creía que los pergaminos y las talegas fuesen por sí solos títulos á las consideraciones sociales, y juzgaba que era preciso, para tener derecho á la estimación ajena, cumplir antes con la obligación de practicar el bien y de ilustrar el alma. Obró en armonía con esa manera de ver las cosas, y su instrucción vino á ser notable, no sólo por las ideas aprendidas en los libros, sino por las observaciones y experiencia propias. Por eso probablemente, la conversación de José María era una de las más amenas y variadas, con especialidad en los últimos tiempos. Los dolores, estolice, sabiduría y cristianamente padecidos, produjeron en el espíritu de José María, en dos años, una madurez que ordinariamente no se alcanza sino en sesenta años de vida activa, y su manera de discurrir y de proceder tomó el giro, la profundidad, lo serio y lo atinado de un hombre que haya luchado doce lustros.

En la educación de José María predominaba la faz artística. Era artista por vocación, y había pulido notablemente su gusto en los viajes y con el estudio de las obras maestras. Lo que para la mayor parte de los hombres es el cumplimiento mecánico de una necesidad, era para Amador objeto de cuidados artísti-

cos. En el mueble más insignificante, en el acto menos trascendental, ponía esmero para que el arte viniese á convertir lo común en agradable, y lo vulgar en simpático. Allí está su casa de habitación, no sólo la más valiosa sino la de mejor gusto y más comodidades en Medellín; allí está su mobiliario, muy rico, pero más que rico, elegante; allí está su biblioteca, si no la de más, sí la de mejores libros en la ciudad; allí está todo lo que dejó José María, pregonando que sobre ello pasó la mano embellecedora de un artista consumado. Hasta las mismas miserias de su enfermedad supo cubrirlas nuestro amigo con una vestidura artística.

Lo más alto en José María fueron los afectos: amó intensamente á sus padres, á su mujer, á su hijo, á sus amigos, á su causa política y á la humanidad menesterosa, y de ello dio grandes y constantes pruebas. Entre esos afectos descolló el que le tuvo á su madre, el cual, saliendo de los lindes de la más tierna y respetuosa ternura filial, rayó en lo sublime. Para ella tuvo una especie de culto, sólo comparable con el de los caballeros de la Edad Media para con sus damas, si sustituimos el amartelado ardimiento de éstos con la poética reverencia de los afectos filiales. De su amor á los que padecen, dio constantemente las mejores

muestras, con toda suerte de auxilios y de limosnas. Nunca tocó en vano á las puertas de José María el necesitado, y dio de la manera más loable: sin humillar, en secreto, ocultando la cuantía de la dádiva. Acaló muchas hambres y enjugó muchas lágrimas, todo á hurtadillas y haciendo lo posible para que la gente no se apercibiese de ello. Podríamos referir varias acciones de Amador, completamente ignoradas del público y que han llegado á nosotros de un modo casual, las cuales bastarían para calificarlo de verdadero filántropo; pero eso sería romper el sello de la reserva absoluta con que él quiso cubrir esos actos de beneficencia.

Medellín le es dador á José María de una de las empresas que más sirven y hermosean á la ciudad: el Mercado Cubierto de Guayaquil. Fue él uno de los miembros de la familia Amador que concibieron la idea de un mercado en ese sitio, y fue quien con más tesón ayudó á vencer las muchas y graves dificultades que su realización ha ofrecido. Pues bien: el Mercado Cubierto de Guayaquil es uno de los mejores de la América Española, es un adelanto enorme é indispensable para esta ciudad, y constituye ahora su más notable adorno. Justo es poner aquí, ya que no quiera mentar más nombres de la familia Amador, los de D.

Januario Henao, alma de la empresa, y de D. José María Díaz, quien de la manera más desinteresada le ha prestado su influencia y le ha consagrado sus esfuerzos. En aquel mercado debe hacerse algo que recuerde permanentemente el nombre de José María Amador, como uno de los que más trabajaron por que se consumara.

A no dudarlo, era ambicioso José María; pero esto lejos de considerarlo como un defecto, lo consideramos como una cualidad, mientras las aspiraciones no se salgan de lo razonable. La sociedad necesita tanto de los hombres noblemente ambiciosos, como del esfuerzo material de los obreros. Aquéllos encarnan el principio y son el medio necesario del progreso. Sin ellos lo futuro sería la repetición estólida de lo presente, y la vida no merecería la pena que por ella nos tomamos. Amador era grande y cuerdamente ambicioso; mas su ambición, caso de haber vivido más años nuestro amigo, se habría traducido en empresas colosales y en bien para la humanidad.

Casi parece innecesario decir que durante toda su enfermedad y en sus postreros momentos fue rodeado José María de los más exquisitos cuidados de su familia y sus amigos. Lo que sí no sobra es contar que la multitud que acompañó en el entierro el cadáver de este amigo,

está probando que el público medellinense lo estimaba fundadamente como á bien conocido benefactor.

Medellín, 21 de Noviembre de 1893.

LUIS EDUARDO VILLEGAS.

XIII

QUEDA terminada la tarea que nos impusimos con gusto, y hemos procurado desempeñar con acierto pagando así una deuda de cariño.

Hemos procurado ser fieles en nuestros recuerdos, leales en los juicios y equitativos en las apreciaciones, prevenidos siempre contra nuestra parcialidad, escollo con que se tropieza cuando la pluma y el pensamiento se mueven por simpatías y por afectos.

Según la profunda expresión de Bossuet "la justicia es una especie de martirio," y casi lo mismo podría decirse de la franqueza, su aliada natural. Esta ha entrado en nuestra narración hasta donde nos

lo han permitido los fueros de la modestia y hasta donde el deber nos ha llevado para justificar nuestras opiniones.

Ven la luz pública estas páginas en los momentos en que se cumple un año de muerto el joven Amador. En este lapso de tiempo todo ha podido variar, menos el cariño de sus amigos por su memoria y el hondo afecto de su familia; presente para ésta á todas horas, su pobre madre parece aguardarlo aún en el hogar entristecido.

Medellín, Noviembre de 1894.

J. HENAO.



NOTA

Entre los progenitores del joven Amador se cuenta a D. José María Uribe Restrepo, quien tuvo por único descendiente a Doña Lorenza Uribe.

No deja de llamar la atención el hecho de que hasta ahora no se haya escrito una biografía completa de este eximio ciudadano y gran patriota.

Bien es cierto que cuando el señor Uribe Restrepo murió ardía el país en una de tantas guerras, de esas que se usan en Colombia; pero tiempo ha sobrado para enmendar la injusticia de entonces acá. Vamos hoy, por vía de reparación, a consignar en los estrechos límites de esta nota, algunos datos que puedan servir de base para que más hábiles plumas hagan algún día esa biografía en desagravio de su memoria por tan inmerecido silencio. Estudio será ése bien interesante para la historia, ya que habrá que juzgarle a la luz de las ideas y costumbres de aquellos tiempos de verdaderos y sanos principios políticos, sin contar para nada la patriotería callejera de hoy.

Al hacer estas apuntes debemos advertir que no estamos tocados de la enfermedad de la admiración de que habla Macaulay. La grandeza completa es rara entre los mortales; pero eso no es razón para que deje de dársele á cada uno lo que le pertenece en su esfera, como la justicia distributiva históricamente hablando lo pide.

El señor Uribe Restrepo nació en 1790 en la ciudad de Envigado, en la Antioquia de muchos hombres ilustres. Sus padres fueron D. Miguel María Uribe y Doña María Josefa Restrepo, representantes genuinos de las cristianas y patriarcales costumbres de aquellos dichosos tiempos.

Educado en la escuela del trabajo material, reparador siempre, en medio de la pobreza llevada con dignidad y bajo tan santos auspicios el Sr. Uribe Restrepo, llegó á ser á la vez que un apoyo para su familia y el ídolo de sus padres—principio de toda prosperidad en la vida,—un dechado de virtudes en su vida privada y un modelo de ciudadano en la vida social.

Hombre de gran carácter, de rígidos principios, de cumplida honrra de bien; decidido patriota, sin bastardas ambiciones y de profundas ideas religiosas, supo labrarse una posición elevada, por esfuerzo propio, y captarse simpatías y estimación positivas como político, como

padre, como esposo, como amigo y como ciudadano.

En el cumplimiento de la palabra empeñada iba hasta lo exagerado: era leal á sus promesas aun contra sus intereses y su misma tranquilidad. Su filantropía y generosidad son proverbiales, á pesar de que en sus actos de nobleza y desinterés huía de la vana ostentación.

Su notable inteligencia; su sano criterio; su juicio imperturbable y severo; su carácter serio, sin dejar de ser muy comunicativo en la intimidad; su inflexibilidad en el cumplimiento de su deber; fogoso á las veces, pero siempre atinado y equitativo lo llevaron, como era natural, á ocupar puestos de honor en la República y á desempeñar importantes destinos en el país, hasta su muerte, acaecida en Septiembre del año de 1854.

Su vida de suma pobreza durante los primeros veinte años, la ruda lucha de labrador contra la rebeldía naturaleza de nuestro suelo ingrato, el conocimiento inmediato de las miserias humanas y de las horas amargas del pobre, produjeron en su ser el doble beneficio de una constitución vigorosa y de un corazón sensible realzado por una ternura varonil.

Contaba entre sus amigos íntimos hombres de alta posición civil y militar como Herrán, Ospina, los Mosqueras, Borrero, Juan María Gómez, Lino de Pombo, el

General Acosta y José M. Restrepo; y entre sus confidentes ciudadanos de lo más honorable de aquella época como D. Pedro Vásquez, D. Javier Restrepo, Dr. Sinforiano Hernández, D. Luis M. Arango, D. Antonio, D. Agapito y D. Pascasio Uribe y D. José María Pino, de Mompós.

Sus relaciones comerciales llegaron á ser extensas y apetecidas, pues su palabra tenía el valor de una escritura, y su norma era la que se encarna en esta bella frase de gran mérito vulgar: "Verdad sabida y buena fe guardada."

Sus mismos enemigos políticos respetaban en él la lealtad, desinterés y patriotismo de sus convicciones de partido.

Servía á su patria en los momentos de conflicto con valor, oportunidad y energía aun en la época en que su salud quebrantada anunciaba su próximo fin, dando ejemplo así, en varias ocasiones, de un civismo á toda prueba, como lo testifican hoy los que lo conocieron. Buscaba sólo en el trabajo honrado é independiente los elementos para vivir tranquilamente, á lo cristiano viejo, teniendo por guía el cumplimiento estricto del deber y por norte la virtud, únicas deidades á que rindió culto en su modesto hogar.

Como hombre de negocios fue afortunado, debido esto más que á la suerte —ciega pitonisa inventada muchas veces

por la ineptitud—á su buena cabeza, á su cálculo y su perseverancia indomable. Fue un verdadero representante de su raza, de las virtudes y energía del antioqueño *pur sang*: activo, empresario, audaz y cumplido. En varias ocasiones dio pruebas de su amor al progreso de su tierra, y supo dar muestras de su talento práctico en el campo de la industria, y ejemplo saludable de lo que vale la constancia en el trabajo. No es, pues, extraño que hubiera adquirido una gran fortuna que así servía á él como á su familia, á sus amigos y á su patria. Aunque desconfiaba mucho de las empresas mineras, y recomendaba para emprender en ellas suma precaución, comprendió de los primeros la importancia de la minería para Antioquia, y la impulsó notablemente dándole una buena dirección desde el principio, pues por intuición conocía el arte en su forma más eficaz y práctica. Sus minas de Anorí (Santa Ana), de San Pedro (Las Animas), Amalí (La Clara), le dieron oro por toneladas, según consta en sus libros de cuentas, cuidadosamente llevados por él mismo.

Fue él quien compró la mina del Zancudo, por suma insignificante, sin montaje, la cual, después de hacer tomar parte á sus amigos en ella vendiendo ó regalando acciones, contribuyó á organizar y montar hasta hacerla prometer

grandemente con una previsión que admira, con inmenso provecho para su familia, sus relacionados y para su misma patria. Todo eso en época de atraso, cuando la legislación sobre minería era enmarañada. Él redactó estatutos y reglamentos perfectos para su empresa en aquellos tiempos. Este poder de previsión y los magníficos resultados conseguidos, resultados que se perpetúan haciendo la felicidad hoy de muchas familias honorables y contribuyendo al bienestar de sus descendientes, demuestran visiblemente que el Sr. Uribe Restrepo no era menos notable como industrial en la lucha con la naturaleza, que como patriota en el campo de las ideas y pasiones de su tiempo.

Ya que no podemos, como quisiéramos, extendernos para dar más detalles sobre la vida de este preclaro hijo de Antioquia, cedemos aquí la palabra a algunos de los periódicos de su tiempo, en corroboración de lo que dejamos apuntado.

En junio de 1860, al regresar el Sr. Uribe Restrepo del Congreso, al cual, con grave peligro de su vida, asistió atendidos los estragos que el cólera estaba haciendo en Bogotá y el mal estado de su salud, el pueblo de Medellín le hizo una popular y grande ovación, muy merecida a la verdad, y rara en aquellos tiempos en que las demostraciones populares de simpatía, aprobación y aprecio

eran brote espontáneo de convicciones y sentimientos profundos. Un interesante periódico llamado *Nuestra Opinión* que se redactaba entonces en esta capital, dice así: "El Sr. José María Uribe Restrepo ha llegado á esta ciudad el 13 de los corrientes, después de haber cumplido con los deberes de un verdadero patriota exponiéndose á inminentes peligros en su viaje á la capital de la República, á donde había marchado como Senador suplente por esta provincia. El entusiasmo con que más de ochenta vecinos respetables salieron á recibirlo, y las felicitaciones que le dirigieron son una demostración de gratitud que los amigos del orden le tributan y un testimonio de que le aprecian como á uno de sus más firmes é interesantes columnas. Nosotros, pues, por nuestra parte, felicitamos también al distinguido Senador que ahora como siempre ha merecido bien de la patria correspondiendo á los intereses y á la confianza del pueblo granadino."

Como patriota de molde antiguo—tipo casi olvidado hoy—como filántropo y caballero lo da á conocer un informe dirigido por el ilustrado y probo Dr. Mariano Ospina R., al Senado y Cámaras provinciales de 1854; informe publicado por *El Constitucional* poco después de la muerte del señor Uribe Restrepo. Di-

ce el párrafo incidentalmente lo siguiente:

"El Sr. José María Uribe Restrepo, que después de haber servido con la más pura lealtad y con el más vivo y desinteresado patriotismo á la República, ha dejado de existir, acabó su vida dando pruebas del interés que tomaba en las mejoras y progreso de la provincia; hizo varios legados á diferentes objetos de utilidad pública, entre ellos quinientos pesos á beneficio del Colegio provincial é igual suma en favor del hospital de esta ciudad...."

Mucho podríamos transcribir de lo que, en elogios se dijo entonces con motivo de su sentida muerte; pero lo creemos innecesario después de los conceptos emitidos arriba de una parte por el pueblo flastado, casi siempre justiciero; y de otra por la pluma del sabio y severo Dr. Ospina, representante genuino y digno del partido conservador de aquellos felices tiempos. La causa conservadora pagó así, por medio de esa confesión de uno de sus apóstoles, una parte de la gran deuda que el partido tiene para con el Sr. Uribe Restrepo, batallador incansable en las lides políticas.

En los párrafos citados se ve el concepto favorable en que se tenía al Sr. Uribe Restrepo en lo social y político como hombre definido, como personalidad

caracterizada; y podemos asegurar que esa opinión era trasunto fidedigno de la estima en que se le tenía en el círculo de sus amigos y en el seno del hogar, en donde era realizado su aprecio por el cariño y el respeto.

A Bogotá fue el señor Uribe Restrepo por última vez en el año de 1850 como suplente del Senador General Juan María Gómez, por haber éste muerto en su paso por Botello (hoy los Manzanos) del cólera reinante entonces en la Sabana. El Sr. Uribe Restrepo fue varias veces Concejal, Jefe político y Gobernador de la Provincia y Diputado al Congreso por los años de 1835 á 1850.

En Antioquia la filantropía dilata sus efectos de un modo excepcional y consolador abarcando é invadiendo todo el campo de la miseria y del dolor. Por consiguiente el tipo de los benefactores es común y larga su serie; pues bien, sin exageración, el Sr. Uribe Restrepo figura en los anales de la desgracia como uno de los primeros! Así la caridad que distinguía al joven Amador, como muchos de sus demás rasgos característicos, no carece de antecedentes, ¡Bendita fecundidad del bien!

Para concluir diremos que la historia ha tomado nota ya del nombre del señor Uribe Restrepo; la sociedad mira con simpatía y respeto su ejemplo; su fami-

lia lleva con orgullo natural su apellido y guarda con veneración sus cenizas; sus amigos recuerdan con gratitud su generosidad, y la Patria se sabe de memoria sus méritos y sus servicios. Para una vida esto es bastante. Paz á su tumba y gloria eterna para su alma.

J. H.



UNIVERSIDAD
DE CHILE
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
Abierta al mundo
Biblioteca de la Facultad de Ciencias

RASGOS BIOGRAFICOS SOBRE JOSE MARIA AMADOR

Por Januario Henao. Medellín, Imprenta de El Espectador, 1894.

Se trata de una corona fúnebre. Fue costumbre, todavía en los primeros años de este siglo, reunir en un volumen uno o varios textos en los que se rendía homenaje a la memoria de un personaje fallecido. Esta corona fúnebre en particular, está dedicada a José María Amador, hijo del famoso hombre de negocios Coriolano Amador y de Lorenzana Uribe de Amador. Muerto cuando apenas contaba veinticuatro años y siendo único hijo varón, su desaparición afectó hondamente a su familia, quien le levantó el hermoso monumento funerario que aún hoy puede apreciarse en el Cementerio de San Pedro y le encargó esta corona fúnebre al conocido escritor sonsoneño Januario Henao.

La corona contiene una carta de la madre del joven Amador dirigida al autor y el texto de éste, donde se intercala fragmentos de cartas y poemas de José María. Tiene, además, una foto de éste y una dedicatoria autógrafa "Al Ilustrísimo Señor Obispo de Medellín Joaquín Pardo Vergara".

UNIVERSIDAD
EAFIT®



Abierta al mundo

Biblioteca Sala Patrimonial